

Cualquier cosa, menos quietos

# universo **centro**

Número 122 - Mayo - Junio de 2021 - Distribución gratuita | [www.universocentro.com.co](http://www.universocentro.com.co)





# Gobierno en reversa

Un presidente dubitativo en el palacio de gobierno es una imagen clásica del poder. Un lugar común que puede entrañar la debilidad o la prudencia. En su discurso de posesión el presidente Iván Duque citaba una célebre frase del expresidente Darío Echandía: “¿El poder para qué?”. Una pregunta filosófica tal vez demasiado ardua para el joven mandatario. Muy pronto Duque cumplirá tres años en el poder y todavía no sabe para qué... Ni cómo, ni cuándo, ni dónde. Lo peor del presidente no son las dudas sino las certezas que duran apenas unos días. El presidente no es indeciso sino débil, temeroso, huérano de todo liderazgo. Cuando Duque decide la realidad se revela, cuando respalda a un funcionario lo obliga a renunciar, cuando niega en la mañana se sabe que afirmará en la noche. En definitiva el gobierno está decidido a llevarse la contraria.

Algunos casos demuestran su manía por lo extemporáneo, lo inconveniente, lo desatinado. Empecemos por sus decisiones respecto a un comandante del Ejército y un ministro de Defensa. Duque nombró al general Nicacio Martínez como comandante a pesar de sus antecedentes “positivos”. En mayo de 2019 *The New York Times* reveló órdenes dadas por el nuevo comandante a generales y coroneles para “doblar los resultados operacionales en todos los niveles de mando”. Además las operaciones debían dejar de ser “perfectas” y solo necesitaban un sesenta o setenta por ciento de “credibilidad y exactitud”. Cerrar los ojos para crecer en muertes en combate, capturas y desmovilizaciones. El gobierno salió a respaldar al general Martínez que apenas se sostuvo unos meses. En diciembre un escándalo de chuzadas a periodistas le dio el puntillazo al comandante por “motivos personales”. Falsos positivos y chuzadas en un gobierno comprometido con la continuidad, eso sí hay que decirlo.

Un mes antes había caído Guillermo Botero, el ministro de Defensa, por esconder la muerte de doce menores de edad en un bombardeo en Caquetá a las disidencias de las Farc. El gobierno lo intentó todo por mantenerlo pero la primera moción de censura exitosa de la historia estaba lista —67 votos a favor en el Senado— y a Botero no le quedó más que irse e embajador a Chile. La defensa no es el fuerte del gobierno Duque.

Pero no vale la pena esculcar los viejos tiempos de los tres años larguísimos que ajusta este gobierno. Las decisiones en el actual Paro Nacional muestran que el presidente es ese niño al que los profesores, los compañeros o la mamá terminan empujando, jalando de la mano con

algun regañón, lejos de sus anteojos, sus pataletas y sus caprichos.

En el principio fue la reforma tributaria. Duque resolvió revelarse contra Uribe que le pidió públicamente excluir del pago del IVA a cuatro millones de hogares y no pensar en impuesto a los servicios públicos. El presidente siguió adelante escoltado por el ministro Carrasquilla. Luego del primer alboroto dijo: “Estoy dispuesto a retirar la propuesta del IVA y de los servicios funerarios”. Apenas unas horas después la realidad lo empujaba un poco más allá: “No habrá aumentos en el IVA en bienes y servicios, ni tampoco ampliar las reglas juego actuales. (...) En lo relacionado con el impuesto de renta, las personas que hoy no pagan este impuesto, no lo van a hacer”. La propuesta no será retirada, repetía, será consensuada en el Congreso: “El gobierno no tiene líneas rojas”. Dos días después la decisión era inevitable: “Le solicito al Congreso de la República el retiro del proyecto radicado por el Ministerio de Hacienda y tramitar de manera urgente un nuevo proyecto fruto de los consensos y así evitar incertidumbre financiera”. Duque es pesado pero se mueve, cuando no se tiene ningún tipo de liderazgo no queda más que acomodarse y resistir el oleaje. Un día después el presidente aceptaba la caída por no cauda del ministro Alberto Carrasquilla.

Llegó el nuevo titular de la cartera de Hacienda y ahora el ruido lo ponían los 25 aviones de guerra que Colombia iba a comprar a la brasilera Embraer por 234 millones de dólares. El contrato estaba firmado y era inaceptable que en semejante momento el gobierno se metiera en ese embeleco que permitiría “una lucha más efectiva contra la amenaza narcoterrorista”, según la página de la FAC. El nuevo ministro tuvo que debutar poniéndole reversa a unos aviones: “...les digo abiertamente a los colombianos: para esos aviones no hay plata, no son prioritarios”.

El paro siguió y mostró su peor cara en Cali. Hasta el 9 de mayo se hablaba de 47 muertes vinculadas a la protesta en el país. Cali estaba sitiada y el coro nacional era clarísimo para que el presidente fuera a la ciudad. El alcalde Jorge Iván Ospina, los manifestantes en Puerto Resistencia, la oposición, Óscar Iván Zuluaga y Paloma Valencia, los taxistas, las agencias de viajes, los motorrones, la gente en Bucaramanga o Pasto pedía el viaje. Pero Duque decía que no iba por “prudencia”. El 10 de mayo alguien lo levantó de la oreja, lo montó a un avión militar y lo llevó a Cali a la una de la mañana al menos para que se aclimatare un poco. “Vino, vio y perdió”, fue la frase que se repitió en Cali luego de esa visita a escondidas.

Ese saludo no dejó contento a nadie y los gritos para que viera y se dejara ver siguieron sonando. Al día siguiente volvió con la lonchera en la mano y algo nervioso. “Vio que sí se puede”, parecía decirle el país entero. A finales de mayo se quedó a dormir cual novio rogao.

Cuando el abuso de la policía se hizo escandaloso en el exterior se hizo evidente la necesidad de una mirada internacional e independiente frente al triste papel del defensor del pueblo y la procuradora que nombró Duque. Entonces la alta comisiónada de la ONU para los Derechos Humanos, Michelle Bachelet, pidió la visita de la Comisión Interamericana de Derecho Humanos (CIDH), al igual que 23 Organizaciones No Gubernamentales, la oposición en pleno, Amnistía Internacional. La propia CIDH solicitó la visita para constatar de primera mano qué pasó y qué está pasando en las calles. El gobierno se negó y la vicepresidenta viajó el 24 de mayo a Washington para decir que la visita era inoportuna y que primero había que sacar las cuentas en casa. Vinieron las críticas a un gobierno acostumbrado a señalar a otros países de la región por su falta de transparencia en la defensa de los DD.HH. Una semana después la visita estaba acordada y programada para el 7 de junio. El gobierno no actúa, solo reacciona, apaga el incendio, reconoce el error, enmienda la página.

Hace un mes el gobierno echó para atrás el acuerdo firmado en Buenaventura entre dos viceministros, Desarrollo Rural y Relaciones Públicas, y el Comité del Paro. El documento “secreto” autorizaba al comité a revisar los camiones que entraban y salían del puerto. Fue firmado el 28 de mayo y el 29 ya estaba el grito en el cielo del ministro del Interior: “No está autorizado”.

La más reciente patrasada tiene que ver con el fallo de tutela de la Corte Constitucional que revivió las 16 curules para víctimas pactadas en el acuerdo con las Farc. Desde 2017 está planteado el pulso por esas curules que el gobierno dice serán en realidad para los victimarios. El fallo de la Corte fue el 21 de mayo y el 27 la secretaria jurídica de presidencia presentó su escrito pidiendo la nulidad de la decisión. El pasado 9 de junio le entró un repentino arrepentimiento y recaló su “respeto por la institucionalidad”. Era sumar un motivo a la protesta por dejar una constancia pues la derrota estaba asegurada.

En la noche, arrepiéntendose de lo decidido en el día, Duque recita sin guitarra los versos aprendidos en el bachillerato: “Hay días en que somos tan móviles, tan móviles, / como las leves briznas al viento y al azar. / Tal vez bajo otro cielo la Gloria nos sonrío”. ©

## Cábalas palaciegas

por JUAN CARLOS ORREGO

Ilustración de Hugo Díez Montoya

Hay coincidencias sugestivas a las que se presta poca atención, como aquella de que Jorge Isaacs y Gabriel García Márquez —las grandes figuras de la literatura colombiana— hayan muerto un 17 de abril. Ese dato no ha bastado para echar por tierra, en nuestro país, la hegemonía del 23 de abril, celebrado como Día del Idioma en escuelas y colegios muy a pesar de que, en la versión gregoriana de esa fecha, en 1616, no hubieran muerto realmente Cervantes y Shakespeare. Si no fuera porque, a veces, en el festejo se cuelean Marco Fidel Suárez y Manuel Mejía Vallejo —ambos nacidos, realmente, un 23 de abril—, ese acto cívico sería, apenas, una ópera bufa.

Conviene quedarse con la imagen algodonosa de Marco Fidel Suárez, el niño humilde —polizón de escuela— que fue presidente de Colombia entre 1918 y 1921, y a quien es posible ligar a otra serie de coincidencias. Se trata de las circunstancias comunes del viejo mandatario y el colega que ocupó el solio presidencial un siglo después: Iván Duque Márquez. Por supuesto, la comparación parece imposible a primera vista: ¿qué tiene que ver un hombre que, aunque nunca recibió un título universitario, alcanzó una vasta erudición filológica, con otro que, aunque sea máster de Georgetown University, da la impresión de tener la cultura de un bachiller? ¿Cabe imaginar al actual presidente colombiano, experto en cabecear balones, escribiendo *Los sueños de Luciano Pulgar* o un ensayo laureado sobre Andrés Bello? No, sin duda, aunque en el famoso escrito de Suárez, *Ensayo sobre la gramática castellana de don Andrés Bello*, se revela un gesto tipográfico que podría andar a los dos gobernantes: el nacido en Hatoviejo usa mayúsculas sostenidas cada vez que se refiere a su ídolo venezolano, tratamiento sacralizante que, cabe suponer, ha de ser usado por Duque en las alusiones escritas a su propio gurú (adenda: Andrés Bello le cantó a la fertilidad de la Zona Tórrida, mientras que Álvaro Uribe es dueño de tierras ubérrimas).

En julio del año pasado, un artículo del periódico *El Espectador* llamó la atención sobre las coincidencias entre los mandatos de Suárez y Duque: comenzaron, respectivamente, en 1918 y 2018 —lo que los obligó a celebrar el primer y segundo centenario de la batalla de Boyacá—; tuvieron que lidiar con una pandemia voraz —la gripe española y la covid-19—, y recibieron la bofetada de las movilizaciones opositoras. Las del período Duque, iniciadas a los pocos días de su posesión, tuvieron su primer hito histórico en la marcha nacional del 21 de noviembre de 2019, y, tras el paréntesis de una emergencia de salud pública administrada con un programa de televisión, se reactivaron hace un mes, alimentadas por la propuesta de una feroz reforma tributaria en época de vacas flacas. Las manifestaciones contra Suárez, por su parte, estuvieron ligadas, precisamente, al centenario de la Batalla de Boyacá. Para darle tono a la efeméride, el presidente quiso proveer de nuevos uniformes y botas a su tropa, pero el respectivo contrato, millonario, prendió la mecha: los artesanos colombianos, excluidos de la licitación, marcharon masivamente contra Palacio y obligaron a Suárez a declinar del plan inicial.

Si se hila delgado, todavía podrían verse otros rasgos comunes en los períodos del escritor bellanista y el insulso cantante pop bogotano. Por ejemplo, vale la pena considerar una sugerencia taimada de Ignacio Arizmendi Posada a propósito de las elecciones de 1918: de acuerdo con este periodista, el triunfo de Suárez despertó serias dudas en la opinión pública, dudas quién sabe si similares a las que provocaron algunos números chuecos en los formularios E-14 de los comicios de 2018. Pero no fue esa la única semejanza asociada a la contienda: de acuerdo con historiadores de la academia universitaria, los liberales llegaron a las elecciones de 1918 “en estado agónico”, indecisos entre apoyar a su propio candidato —el profesor José María Lombana—, abstenerse o votar por uno de los dos aspirantes conservadores. El panorama y los resultados parecen ser los mismos del día en que



salió elegido Duque, cuando el otra vez agónico Partido Liberal tuvo una de las votaciones más pobres en su larga historia, alcanzando su candidato —también de apellido Lombana— nada más que el dos por ciento de las papeletas de la primera vuelta. Además de los misterios del sufragio, otra coincidencia es que en el gobierno de Suárez se cobró por primera vez el impuesto a la renta, mismo que entusiasmo a Duque un siglo después, al extremo de pretender aplicarlo sobre bolsillos vacíos.

Como quiera que sea, un par de gruesas semejanzas todavía están por ser señaladas. La primera tiene que ver con la respuesta de ambos gobiernos a la movilización social provocada por su improvisación. De acuerdo con una leyenda, Suárez salió a negociar con los manifestantes que llegaron hasta Palacio el 16 de marzo de 1919, pero la lluvia que caía impidió que los artesanos entendieran la explicación del presidente sobre la cancelación del contrato para la compra de prendas y botas en el exterior. Las cosas se salieron de control y la fuerza pública reaccionó con brutalidad, de manera que —tal como lo informó *El Espectador* en el referido artículo— la jornada dejó un saldo cruento de veinte muertos, dieciocho heridos y más de trescientos detenidos. Un siglo después, el proyecto indolente de reforma tributaria suscitó una misma escena de marchas y represión salvaje con un telón de aguacero, solo que con multiplicación dantesca de las cifras: de acuerdo con la ONG Temblores, con corte al 24 de mayo de 2021 se habían registrado 43 homicidios presuntamente cometidos por agentes de la Fuerza Pública en el marco de las protestas, además de 955 víctimas de violencia física a manos de la policía y 1388 detenciones arbitrarias.

La otra semejanza, en sentido estricto, no es más que un proyecto de semejanza. Tiene que ver con la probabilidad de que el período de Duque —como el de Suárez— acabe antes de tiempo, en un año terminado en la cifra 21. Suárez fue acusado por Laureano Gómez de haber empeñado su sueldo presidencial con créditos personales, así como de haber pedido favores privados, tras bambalinas, a ciertos beneficiarios de inversiones públicas. El Hombre Tempestad —quien, por entonces, ya era una tormenta precoz— no tuvo en consideración que el aprieto económico del presidente estuviera ligado a la muerte de su hijo Gabriel. El muchacho, de 19 años, había sucumbido a la gripe española mientras estudiaba ingeniería en Estados Unidos, y, de acuerdo con algunas fuentes, resultó costosísimo repatriar su cadáver. Suárez nunca quiso recurrir a la

caja pública para atender a sus urgencias de familia, y por lo mismo tampoco soportó la acusación de indignidad de su tóxico copartidario. Prefirió renunciar para no enturbiar la institucionalidad y el buen nombre del país, que por esos días esperaba el pago de la jugosa indemnización pactada con Estados Unidos por la separación de Panamá. Así pues, el presidente filólogo, elegido hasta el 7 de agosto de 1922, dejó su cargo el 11 de noviembre de 1921. Optó por dedicarse al periodismo de crítica política, y fue esa la época en que escribió *Los sueños de Luciano Pulgar*.

Hasta antes de ser radicada la reforma tributaria, la continuidad de Duque en la Casa de Nariño no parecía ser un tema en discusión. Su bisoñería incorregible, su inmadurez personal y política, su escaso talento para formar equipo, su falta de tino en las presentaciones públicas —dentro y fuera de Colombia— y la perversidad de sus consejeros parecían condenarlo a ser el presidente más impopular en doscientos años de vida republicana, y nada más. Pero las cifras e implicaciones del drama social desatado desde el 28 de abril, agravado por la pusilanimidad y la incompetencia del mandatario —así no mande—, hacen que, por primera vez en mucho rato, los colombianos se pregunten sobre la posibilidad de la renuncia o del derrocamiento. Hace poco dijo en una entrevista que es clave el cambio de uniforme de la policía para facilitar la identificación de los agentes. Parece invocar a Marco Fidel. Por supuesto, no se trata de una situación rutinaria: nada semejante le ha ocurrido a un presidente elegido en urnas desde hace setenta años, cuando el Hombre Tempestad —precisamente él— dejó el cargo por enfermedad, en noviembre de 1951 (porque, es forzoso advertir, el Proceso 8.000 solo significó para Ernesto Samper el chasco de una visa cancelada y un par de caricaturas mordaces en la prensa capitalina). Sin embargo, ya se sabe que incluso la máxima inercia histórica puede ser conjurada por el acto humano más espontáneo.

En el mismo mes, noviembre, y en un año terminado en unidad, se dio la salida anticipada de Marco Fidel Suárez y Laureano Gómez. El actual presidente no debería dar la espalda al devenir histórico, al que tanto gustan las recurrencias y las anécdotas redondas. ©



### DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

### EDICIÓN

— Pascual Gaviria

### ASISTENCIA EDITORIAL

— Santiago Rodas

### COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— Andrés Delgado

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Juan Fernando Ramírez

— Simón Murillo

— Estefanía Carvajal

### ASISTENCIA EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

### DESGÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

### CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

Es una publicación mensual

de la Corporación Universo Centro

### Distribución gratuita

Número 122 - Mayo - Junio 2021

Versión impresa



universo  
centro

universocentro.com.co

universocentro@universocentro.com.co



# MUNDIAL COLOMBIA 86: COCAÍNA Y ESTADO DE SITIO

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO



Contraportada de *Alternativa* #252, 21 de febrero de 1980.

Al propósito de la cancelación de la Copa América en territorio colombiano, vale la pena recordar la historia detrás del fallido mundial Colombia 86. Sede que había sido designada unánimemente por la Fifa doce años antes, el 9 de junio de 1974, en Fráncfort, a cuatro días de que iniciara el mundial de Alemania, como bien lo informaría AFP: “Colombia se apuntó hoy el primer triunfo del décimo mundial, al conseguir la sede del decimotercer campeonato del mundo”.

Al día siguiente, lunes 10 de junio de 1974, *El Tiempo* comunicaría la noticia a través de este titular telegráfico que se robaba la primera plana: “Mundial del 86: Colombia, sede”. Debajo del cual se resaltaban estas palabras de autoengañío, escondiendo el centralismo intransigente que regía al país de larga data: “Colombia, se dijo aquí, tiene la ventaja de ser un país equilibrado, con urbes de equivalente importancia sembradas por toda su geografía”.

Cuatro días después, el viernes 14 de junio de 1974, Klim, seudónimo de Lucas Caballero Calderón, el columnista más leído del momento, le dedicaría su espacio de opinión en *El Tiempo* al mundial Colombia 86. Allí, en la tradicional página 4A, bajo el título “La segunda sede”, diría que esa designación era la cereza en el postre de los problemas que azotaban al país: “Uno pensaba que era imposible pedir más. Y sin embargo nos llega, como caída del cielo, la sede para el mundial de fútbol de 1986. Como si el país no hubiera demostrado ya, gracias a los ministros y a los planificadores, que tiene suficiente dominio de pelota”.

Diez días después, el 24 de junio de 1974, la legendaria revista *Alternativa*, presidida por García Márquez, se sumaría a la crítica de Klim con su portada número 10, titulada “El Mundial de 1986, tragedia nacional”. Titular extraído de la respuesta de Alejandro Brand, figura de Millonarios y de la selección, a esta pregunta de *Alternativa*: ¿Qué piensa de la designación de Colombia como sede para el Mundial del 86? “Es una tragedia nacional. Me imagino el despilfarro de dinero y el endeudamiento con países extranjeros que tendremos que hacer para crear la imagen de una falsa prosperidad... Se trata de una propaganda bien montada, con doce años de anticipación, para realizar un espectáculo con los fines que sabemos: distracción”.

Dos semanas después de esa portada futbolística, el 8 de julio de 1974, *Alternativa* le dedicaría la número 11, bajo el título “¿De qué se ríe?”, al saliente presidente Pastrana. Titular que se desahollaba a partir de la página 16, donde la revista haría un balance de “Cuatro años de represión” de ese gobierno, último del Frente Nacional, caracterizado, entre otras cosas, por la “carestía incontrolada, el recorte progresivo de los derechos sindicales y de huelga, la absorción de la justicia ordinaria por la justicia penal militar, la eliminación selectiva de los dirigentes populares, la militarización y destrucción de la universidad pública, la concentración creciente del ingreso y de la tierra en manos de la minoría explotadora y la institucionalización del Estado de Sitio como norma de gobierno”. Balance desastroso que contrastaba con las palabras emitidas por Pastrana al conocerse que la Fifa

había designado a Colombia como sede del Mundial 86: “La determinación no fue una concesión gratuita, sino consecuencia de un estudio directo de la realidad nacional y constituye, por lo tanto, una nueva afirmación de que Colombia goza hoy ante el mundo de un sólido prestigio por sus múltiples presentes”.

En el siguiente mandato, el de López Michelsen, marcado también por la carestía incontrolada y el estado de sitio, gobernando apenas catorce meses sin decretarlo, cinco más que su antecesor, el mundial Colombia 86 no sería tema de la agenda gubernamental. Sin embargo, el mundial Argentina 78, que verían por primera vez en TV a color cien mil bogotanos, sería un bálsamo para ese gobierno, como informaría la agencia AP el 1 de junio de 1978, tras la inauguración de ese evento orbital, en una noticia titulada “El fútbol ayudó al orden público”: “La calma se restableció hoy en Colombia después de cuatro semanas de violencia desencadenada por un alza del 12% en las tarifas del transporte urbano. La iniciación de la Copa Mundial de Fútbol, transmitida a los 26 millones de colombianos por radio y televisión, ayudó a las Fuerzas Militares a mantener la calma, pues las gentes se recogieron al mediodía en sus casas, oficinas o salas de cine para ver la ceremonia inaugural y el primer partido”.

Tres días después, el domingo 4 de junio de 1978, fecha de descanso en el mundial, sería elegido Turbay Ayala como el presidente número 70 de Colombia. Triunfo reñido que solo sería aceptado por el conservatismo el 20 de junio, cuatro días antes de que, en su columna “Reloj” de *El Tiempo*, Daniel

Samper Pizano hiciera un recuento de la mirada de la prensa extranjera con respecto al país: “Si creemos en la mala prensa, el asunto se está convirtiendo en un pleito de Colombia contra el resto del mundo”. En la selección del resto del mundo estaba, por ejemplo, *Business Week*, que había dicho lo siguiente en un artículo titulado “Colombia: cómo la droga y el dinero caliente trastornan los negocios”, publicado el 12 de junio de 1978: “Colombia, el segundo proveedor de café del mundo, ha colocado otra olla en el fuego. El tráfico ilícito de drogas alcanza los mil millones de dólares al año, casi la mitad de lo que producen las exportaciones legales del país. Pero el hecho de ser el primer productor mundial de marihuana y cocaína, con el agravante de una floreciente organización del crimen, violencia callejera y virtual colapso del sistema judicial, está demoliendo la estructura social y causando serias perturbaciones a los negocios legítimos. Los observadores creen que el producto del mercado negro está entrando a muchas de las principales empresas y bancos de Colombia, e incluso a sucursales de entidades multinacionales. Está surgiendo una nueva élite. Las viejas familias de la clase dirigente no han perdido terreno en lo económico, pero su tajada política está disminuyendo a causa del alza en los intereses provenientes de moneda rara”.

Al día siguiente de ese editorial, Argentina levantarla por primera vez la copa del mundo, hecho que sería titulado así por la agencia AP: “En Argentina, los militares ganaron su mundial”. “Para el presidente Videla y su Junta Militar, la supremacía de Argentina en los campos

de juego fue meramente un aspecto accesorio del fútbol político que estaban disputando en conexión con el deporte más popular del mundo”.

Un año y medio después de ese “Mundial a sangre y juego”, denominado así por *Alternativa* en su portada número 159, en donde había invitado a boicotarlo, esa revista retomaría el tema del mundial Colombia 86. Lo haría en su edición 247, publicada el 17 de enero de 1980, a diez ediciones del adiós. Allí, en un artículo titulado “Mundial de fútbol: ¿despropósito nacional?”, se divulgaría un estudio de factibilidad contratado por el gobierno a la Universidad Nacional, en donde se trazaban cuatro escenarios distintos para la celebración de ese evento en el país, siendo el más barato el que tenía un costo de 9100 millones de pesos, 6100 millones más de los que estaba dispuesto a invertir el gobierno de Turbay Ayala, quien le chutaría la pelota al Congreso: “Ya no depende de la decisión del ejecutivo, sino de quienes tienen poder suficiente para decidir sobre el manejo de los dineros del Estado”. Además, sabiendo que el mundial de Argentina había costado 7900 millones de pesos más con ocho selecciones menos, *Alternativa* concluiría el artículo con estas palabras: “Aunque le duela profundamente a nuestro corazón futbolero y se nos haga un nudo en la patriótica garganta, nuestro reducido bolsillo nacional no nos autoriza a decirle Sí al Mundial del 86”.

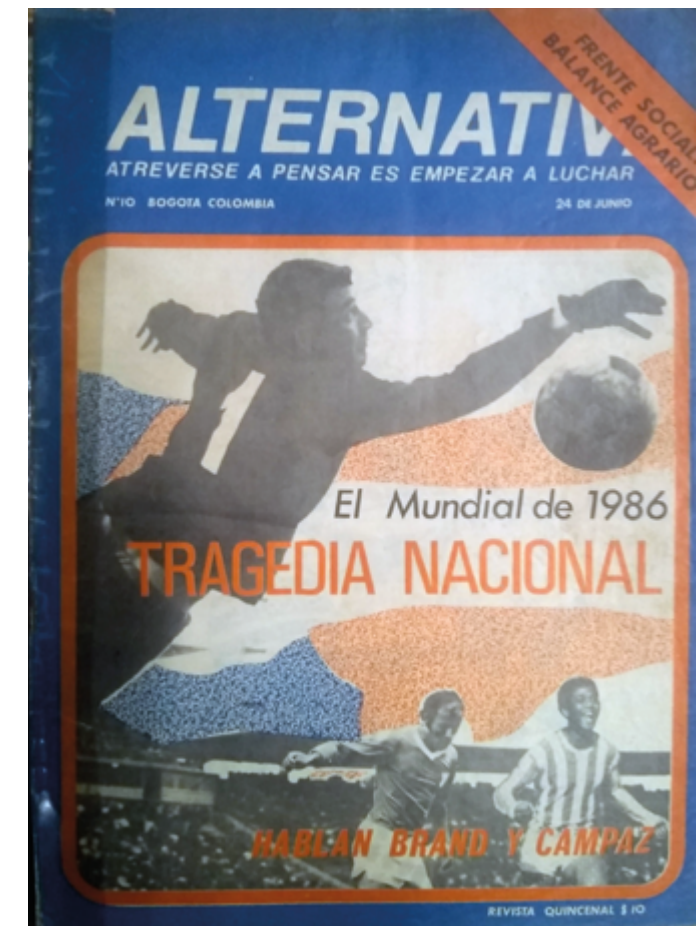
Dos años y tres meses después, el 23 de abril de 1982, para decirle sí al mundial, se crearía la Corporación Colombia 86, liderada por el Grupo Granacolombiano, que, “con el apoyo moral del gobierno”, emprendería la realización de ese megaevento en el país, estimándolo en un costo irrisorio de 1600 millones de pesos. Era, sin duda, una maniobra del Grupo Granacolombiano para limpiar su imagen, que estaba siendo cuestionada por la Unidad Investigativa de *El Espectador*, a través del llamado “escándalo de los autopréstamos”, que desembocaría en un descalabro financiero de quinientos millones de pesos y en el demantelamiento progresivo de ese grupo a partir de 1983. Por eso, para no salpicarse, el 28 de abril de 1982, Bavaria se retiraría de la Corporación Colombia 86. Iniciativa que, tres días antes del mundial de España, el 10 de junio de 1982, sería presentada al resto del mundo por la agencia UPI: “La corporación es un ente privado que ha asumido la responsabilidad de la organización

del torneo, lo que no ha sido hasta ahora aceptado por la Fifa, que aspira a que sea el gobierno de Colombia el que formalmente se comprometa con la realización del campeonato de 1986. Al parecer, la decisión final será tomada en agosto tras asumir el cargo el nuevo presidente colombiano, Belisario Betancur, quien ha expresado tímidamente su respaldo a la organización del torneo”. Tan tímido sería ese respaldo, que Belisario, invitado especial del rey Juan Carlos a la final del mundial, no asistiría a ese encuentro, en el que el nombre de Colombia no sería pronunciado en el discurso de clausura ni el tablero electrónico mostraría la despedida: “Nos vemos en Colombia 86”.

Y tras esa invitación que no salió del sobre, vendría un ultimátum de la Fifa, expresado así en un artículo titulado “Colombia pagó el pato”, en donde el pato era Belisario, publicado en la edición 11 de *Semana*: “Havelange habría puesto un plazo hasta el 16 de diciembre a la delegación colombiana, utilizando términos muy duros: ‘Ya está bien de videos y revistas de propaganda, es hora de trabajar en serio’. Se refería, sin duda, al audiovisual sobre la Colombia turística que preparó el Banco de Colombia para pasar por la televisión española, y a una separata especial hecha por *Cromos* que fue llevada a España y distribuida masivamente”.



Contraportada de *Alternativa* #247, 17 de enero de 1980.



Portada de *Alternativa* #10, 24 de junio de 1974.

que el mundial Colombia 86 no paraba de generar dudas en la prensa extranjera, como esta en la portada de la revista *Time*: “¿Podrá esa pequeña república de cocaína y café albergar un acontecimiento de semejante magnitud?”. Pregunta que causaría mucho revuelo en los rotativos bogotanos, a tal punto que, el 20 de julio de 1982, la revista *Time* le ofrecería disculpas por escrito a Colombia, en carta remitida a Turbay, con copia a *El Espectador* y *El Tiempo*, diario que la comentaría al día siguiente en su editorial: “La carta contiene términos muy notables, y es algo más que una disculpa. Destacamos el hecho de señalar a Colombia como ‘la más grande democracia hispanoparlante de Latinoamérica’. Reconocimiento a una tradición que tal vez los colombianos no estimamos en lo que vale”.

La más grande democracia hispanoparlante de Latinoamérica que, en ese momento, llevaba cuatro años consecutivos en estado de sitio y 46 meses regida por el Estatuto de Seguridad, al que Klim, por ejemplo, había calificado de absurdo y antidemocrático: “Si alguien se está muriendo de hambre y sale a la calle a protestar, eso se interpreta como subversión. Es que la subversión, según el Estatuto de Seguridad, consiste en no estar de acuerdo con el mal gobierno”.

Mientras se zanjaba esa polémica suscitada por *Time*, a la que Alberto Aguirre, en su columna de *El Mundo*, tildaría de complejo del colonizado, saldría a la luz que la Fifa estaba preparando exigencias imposibles de cumplir para Colombia, como tener doce sedes, dos con estadios para ochenta mil espectadores, cuatro para al menos sesenta mil y el resto para no menos de cuarenta mil. Esas exigencias del primer mundo serían oficializadas dos meses más tarde, el 27 de septiembre de 1982. “Exigencias aberrantes”, según AFP, a las que la dirigencia del fútbol colombiano respondería con patadas de ahogado, al proponerle a la Fifa que aplazara el mundial ocho años. Y al día siguiente, el 30 de septiembre de 1982, la Federación Brasileña de Fútbol le lanzaría un salvavidas a esa propuesta desesperada, consistente en hacer un cambio de fechas, Brasil organizaría el mundial del 86 y Colombia el del 94. Cambio de fechas que no tendría eco en la prensa más allá de la primera semana de octubre, cuando sería declarada por segunda vez en la historia del país la emergencia económica, debido al alto déficit fiscal y a la

crisis financiera provocada por el Grupo Granacolombiano. Para entonces solo el 35 por ciento de los colombianos quería que se hiciera el mundial Colombia 86. Sin embargo, la última palabra la tendría Belisario Betancur.

Última palabra que escupiría después de que una comisión evaluadora le advirtiera que cumplir las exigencias de la Fifa costaría por lo menos setenta mil millones de pesos. Última palabra que, como titularía *El Tiempo* al día siguiente, en realidad fueron 99: “En 99 palabras se han terminado ocho años de largas discusiones”. 99 palabras que serían emitidas en 55 segundos al final de una alocución presidencial televisiva, transmitida el 25 de octubre de 1982, y que ya han sido tan cacareadas en otros artículos que no vale la pena repetir las, las encuentran, por ejemplo, en YouTube, en un video titulado: “Presidente de Colombia rechaza la sede del Mundial de 1986”.

Posdata 1: Esas 99 palabras terminaban así: “Y García Márquez nos compensa totalmente lo que perdimos de vitrina con el Mundial de Fútbol”. Ya que cuatro días antes había sido galardonado con el Premio Nobel de Literatura. Por eso, dos días después de las 99 palabras, el editorial de *El Tiempo* sería titulado de esta manera: “Sin Mundial, pero con Nobel”, editorial donde se evidencia que los problemas de ayer siguen siendo los de hoy: “Estamos frente a circunstancias internas muy difíciles, como son las que aludió el Presidente: paros cívicos, alzas represadas, el problema de la amnistía y, en forma general, el de la paz, etc. Y la atención de gobernantes y gobernados no podía desviarse ni seguir extraviada en los pormenores de un suceso costoso y en el fondo suntuario”.

Posdata 2: El 16 de diciembre de 1982, día en que la renuncia de Colombia al mundial del 86 se haría oficial, los periódicos de mayor circulación del país registrarían en primera plana otra renuncia, sí, la del alcalde de Medellín. En *El Tiempo* bajo este titular: “Renunció Uribe Vélez”: “A pesar de que el gobernador Álvaro Villegas Moreno lo pidió protocolariamente, el alcalde de Medellín, Alvaro Uribe Vélez, renunció en forma irrevocable al cargo”. ¿Por qué lo hicieron renunciar? La respuesta está por fuera de los objetivos de este artículo, es harina de otro costal, pero involucra a Belisario Betancur y la pueden encontrar en el libro *Secretos de un líder*, publicado en 2013. ©



# Encuentros en la ruta

por MAURICIO LÓPEZ RUEDA

Desde ahora, en los encuentros con amigos e incluso con desconocidos, podré decir, mientras me empujo las birras, que solo tres colombianos, en toda la historia del ciclismo, que supera por largo los cien años, “hemos levantado el Senza Fine”, uno de los santos griales del épico deporte del pedal. Sí, entre tragos y chanzas, pero sin mentir, podré vanagloriarme de que yo, un simple montañero de Colombia, como Nairo y Egan, tuve el Senza Fine en mis manos, lo levanté y lo besé, y que la única diferencia con los próceres de Boyacá y Cundinamarca es que no pude llevarmelo a casa, aunque ganas no me faltaron.

Fue en la etapa de Segá di Ala en Los Dolomitas. En esa jornada en la que Egan se vio contra las cuerdas, atacado por Simon Yates, de lejos, como suele hacer el británico con cara de “ratón de campo”.

Yates animó la jauría, porque tras su rueda salieron Caruso, Almeida y el “irlandés loco”, Dan Martín, quien finalmente ganó la etapa, vaciándose de un estrés añejado, casi que fosilizado en su vientre, por meses y meses sin lucir en las grandes citas del ciclismo.

Vi el final de esa etapa a pie de carretera, frente a una quebrada, o torrente, palabra que suena más bonito. A mi lado estaban un grupo de italianos borrachos y un trío de ecuatorianos calenturientos, pidiéndoles los WhatsApp a las desparpajadas italianas de esas tierras del Trentino.

Como los italianos, yo también estaba cargado de cerveza, pero, por algún milagro, no tenía ganas de orinar. Entonces me quedé ahí, esperando ver pasar a Egan adelante, y a su ángel Martínez, pero al que vi fue a Dan Martín, el enjuto sobrino de Stephen Roche, aquel que ganó Giro, Tour y Mundial en 1987.

—Come ti chiama colombiano?  
—Mauricio, dalla stampa, molto piacere.

Me pasaron más cerveza, y cuadros de un queso que sabía a caramelo. También me pasaron un trago de tequila, los ecuatorianos, locos por ligarse a alguna *ragazza*.

—Están muy buenas, muy pero muy buenas.

—Sí, todas acá son hermosas, y lo peor, para nosotros, es que lo hombres son más hermosos que ellas. No tenemos ninguna posibilidad —les dije.

Después de Martín, el ganador, pasaron Almeida, Yates y Caruso. Egan pasó

remolcado, como carro varado, por Daniel Martínez quien le entregó al mundo una imagen inolvidable, guapeando en la subida y arengando a Egan para que no declinara. El de Zipaquirá iba con esos ojos de zombi, de autista concentrado, como si solo existieran él, su bicicleta y la carretera.

Quizás tampoco veía a Daniel, que no paraba de gritar: “Dale, dale, ya queda poco”. Sólo se dejaba llevar el hijo de Flor y Germán, el vendedor de rosas, el ciclomontañista invencible del *sterrato*, de Campo Felice.

De verdad, que ese día, Egan parecía un moribundo cuya alma peleaba por abandonar su cuerpo, y así subir ella sola esa cumbre interminable que, en año ya idos de la memoria, fuera coronada por Bartali, Coppi y otros héroes que parecen imaginarios.

Corrí como loco por el borde de la quebrada. Necesitaba llegar hasta la zona mixta para mi trabajo. Corrí entre la gente, entre los ciclistas, seguí corriendo hasta que ya no tenía frío, ni borrachera.

Vi a Egan hundido sobre su bicicleta, y a Yates caminando de un lado a otro, como indeciso de dónde pararse. “Here, here”, preguntó una y otra vez el británico, al que luego llevaron hasta la zona de examen antidopaje.

Egan también hizo fila en esa puerta, pero mucho más tarde, cuando la fiesta del podio y de los confetis ya se había terminado, y en esa larga loma solo quedaban borrachos y carros tirados en desorden.

Antes, mucho antes, pude entrevistar al Uno del Ineos, y de la carrera. Le puse el micrófono y le solté:

—Pasaste el día Egan, y es lo que importa.

—Sí, fue una jornada dura, Yates está muy fuerte. Debo agradecer lo hecho por Daniel Martínez, porque fue mi ángel de la guarda —dijo todavía sin aliento, ataviado de buso y chaquetilla.

Y entonces, en esas montañas lejanas de mi hogar, brilló el sol sobre mí. Parado allí, esperando que todo acabara para poder irme al hotel, apareció Tonina, la madre de Marco Pantani. Fue llevada al podio, con uno de sus nietos, y allí le entregaron una *maglia rosa* de recuerdo y una réplica exacta, en tamaño y peso, del trofeo Senza Fine.

Mientras ella lloraba recordando al Pirata, Egan esperaba en las escalas, suspirando, su turno para abrir la champaña.

Cuando ella bajó, él subió, y luego, ambos, coincidieron en la zona mixta.



Tonina iba respondiendo las preguntas de los periodistas de izquierda a derecha, y Egan iba de derecha a izquierda. Se encontraron en la mitad, y los micrófonos se reunieron frente a sus bocas, como un enjambre de abejas sobre la miel.

Se vieron, se saludaron, se mimaron y se consolaron. Él, un niño apagado, añorando el abrazo de su madre, y ella, con su herida antigua aún no cicatrizada. Huérfanos los dos por los amores lejanos, se abrazaron y se calentaron con frases de cariño.

Luego Tonina se levantó de la silla y se alejó con el Senza Fine en brazos, como si fuera un niño recién nacido. Se quedó a un lado todavía observando al colombiano.


Entonces me le acerqué y, en pésimo italiano, le dije que admiraba mucho a Marco, a su hijo, a ese *ragazzo* que murió desilusionado y solo en 2004, después de haberle demostrado al mundo que era el mejor subiendo puertos, batallando y atacando como fiera herida.

—¿Me permite una foto?  
—Claro, ¿eres colombiano?  
—Sí, colombiano.  
—¿Amigo de Egan?  
—Sí, amigo —le mentí.  
—Te digo, yo abrazo a Egan y siento

que estoy abrazando a mi propio hijo — me dijo, y se echó a llorar.

Luego me pidió:  
—Amigo, sostenme esto, para poder hacer la foto.

Me entregó el Senza Fine y yo no podía creerlo. Luego le pidió a su nieto que tomara la foto, mientras yo olía aquel trofeo y descubría un poco de su brillo dorado.

Me sentí el campeón del Giro, el campeón de cualquier cosa, por primera vez. Tonina se despidió con abrazo y con beso, y no sé si el calor de mi cuerpo también encontró recuerdos del pasado, porque yo sí, yo encontré un abrazo perdido de mi madre muerta, y me sentí el hombre más feliz del mundo, al menos por ese día, allá, en los fascinantes Dolomitas. 

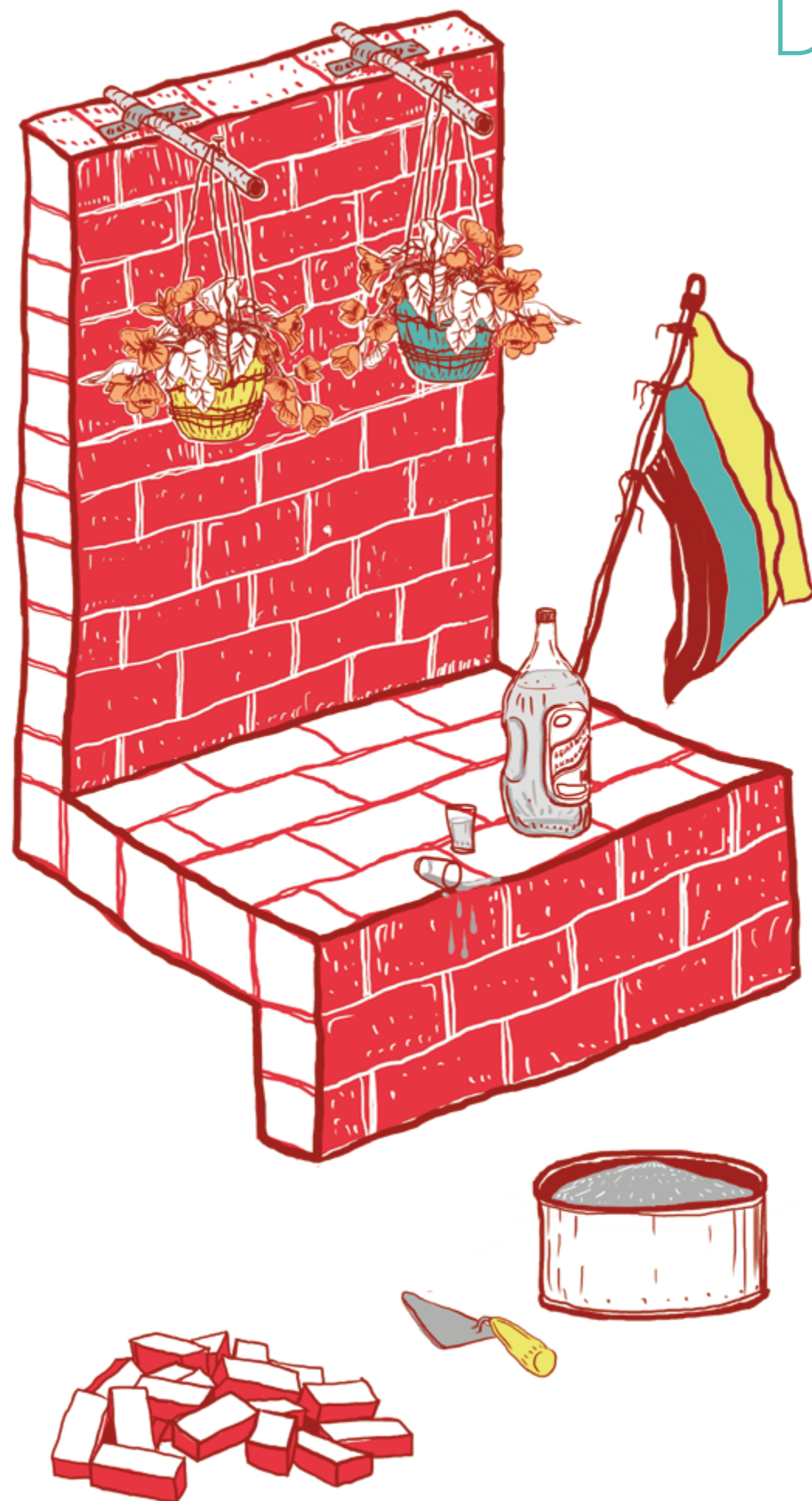
# La juntanza, es la acción humana más poderosa contra la indiferencia.

Otro mundo  
es posible  
si nos juntamos





# LA CAÍDA DEL MURO



por MANUEL IDÁRRAGA

Ilustración de Gabriel Duque

Cuando don Pedro Amaya llegó al barrio, a principios de los ochenta, con sus tres hijos y su mujer, no había casas de ahí para arriba, donde hoy se levanta media comuna. Durante los primeros diez años, el muro en cuestión no existió. Con su sueldo de vigilante en el edificio Coltejer y los de sus dos hijos mayores, que trabajaban de albañiles, construyeron una primera planta y un sótano que dejaba espacio para el solar donde doña Amalia sembraba yuca, tenía un níspero y cuidaba hortensias. Pasada esa primera década de remembranzas campesinas, del solar quedaron solo las fotos, pues don Pedro, visionario, levantó el segundo piso de su casa endeudándose con el banco.

Fue apenas el 7 de mayo de 1989 que la segunda planta de la casa se terminó de construir y el primer piso pudo empezar a dar una renta, pues los Amaya

se trastearon escaleras arriba. La mañana siguiente, don Pedro subió a la terraza a comerse un banano y trató de enfocar, achinando los ojos, el sol que bordeaba las montañas del oriente y le requetaba su piel morena. Tiró la cáscara en la matera que habían hecho con el tanque de gasolina de un R4 y miró con algo de remordimiento el brevo reducido al espacio de una llanta. Doña Amalia había salvado lo que pudo del solar y la terraza estaba cerrada con materas por el lado que se abría hacia el valle. De las escaleras a un costado de la plancha, vio subir corriendo a las dos hijas que habían nacido desde que la familia llegó al barrio. Sin embargo, esa mañana las niñas no pudieron estrenar su nuevo patio de juegos. Amalia y Emilia, tras el grito de don Pedro, se devolvieron por donde habían venido a esconderse bajo las faldas de su madre. El grito siguiente fue para Pedrito, Andrés y Felipe, que

subieron a regañadientes por la hora. Ante la visión de sus niñas correteando, Pedro Amaya había sentido el estremecimiento de un olvido en sus planos de arquitecto empírico. Esa misma tarde, sus hijos estaban pegando adobes para levantar muros de metro cincuenta alrededor de los tres rectángulos que formaban la plancha: don Pedro Amaya no estaba dispuesto a tener que recoger de la acera los cuerpos quebrados de sus hijos o sus niñas, como había pasado en un barrio cercano por esas semanas.

No bien habían terminado la obra, ya Felipe y Andrés estaban sentados en el muro que es nuestro muro: aquel que daba a la calle y que para los muchachos se volvió instantáneamente un balcón. Entonces, a falta de columnas que lo amarraran, de varillas y de cualquier otra estructura que aparte del hormigón le diera firmeza, la existencia del muro fue reforzada por una advertencia de don Pedro que

cada uno de los miembros de la familia les repetirían a sus invitados adecuando el lenguaje a la sensibilidad del caso: "No se ruequen mucho en ese muro que se van de culos a la calle, güevones". A los muchachos, por supuesto, no les importó mucho la sentencia y lo volvieron su garita a cualquier hora del día, una torre de vigilancia desde donde oteaban los pechos de las vecinas que pasaban en corticos y chancas hacia la tienda, que saltaban lazo, que iban o venían de misa los domingos o que simplemente salían a pasearse.

Es importante recordar que los muros, como todo aquello que nace con un propósito definido que se cumple desde su primer día, no tienen infancia; pero sí envejecen, ganando con el desgaste de su materialidad una serie de roles diversos y distintos al inicial. Entre otros, nuestro personaje fue soporte de velitas el 8 de diciembre; mesón para platos desechables con torta en los cumpleaños de las niñas y para botellas de cerveza y copas llenas de guaro cualquier puente, muchas de las cuales terminaban derramando parte de su contenido en la porosa corporalidad del muro antes de estallarse contra la acera, ¡se emborrachó la policía!, gritaba entonces doña Amalia. También fue portería de fútbol cuando los hermanos y las niñas jugaban penaltis y tribuna para gritar "mazamorraaaa", si el señor pasaba muy rápido y las niñas apenas corrían con la olla. Por algunos de sus oficios, incluso, el muro sufrió pequeñas demoliciones; como fue el caso del hueco lo suficientemente grande para sostener el palo de escoba con la bandera los 20 de julio y el día de la batalla de Ayacucho. Para el rol de testigo, le bastó con agrietarse como doña Amalia juraba que había sucedido con cada bomba de Pablo o con el estruendo que hacían los Comandos Armados del Pueblo marchando por la cuadra.

Pero no todos los roles y transformaciones del muro vinieron de su coexistencia con la familia Amaya. Ya mediada la primera década del siglo XXI, cuando Pedrito y Andrés se habían casado y solo quedaban las niñas y Felipe en la casa, don Pedro tuvo que tomar la difícil decisión de irse del barrio y alquilar el piso, pues a Felipe le dijeron un día a la salida del colegio que se unía al combo o no respondían. Y como estaba la cosa, don Pedro supo que era en serio y la sentencia caía sobre toda la familia. De manera que don Pedro puso la casa en alquiler y a la vida del muro llegaron las hermanas Gómez, Rosa y María.

En principio el cambio significó un alivio para su existencia. Cesaron los balonazos y la costumbre de Felipe de darle puños para endurecerse los nudillos, como había visto en una película de Tarantino. Incluso, las Gómez lo adornaron con begonias en cada esquina, amarradas las materas con alambres para que no se las llevaran los aguaceros. Pero un uso que inauguraron Pedrito y Andrés con sus novias, y que implicaba balanceos e incomodidades, se intensificó. Las Gómez, dos solteronas que nadie sabía muy bien cómo habían llegado al barrio, pero que eran puntuales en sus pagos, hicieron del muro un sofá para sus amorfos pasajeros y bursátiles. Como las novias de Pedrito y Andrés, se sentaban encima del desgraciado en pantalones o faldas para permitir que la torpeza de sus amantes se pasara por sus piernas. Este fue el oficio en el que el destino del muro y el de Guillermo Baca confluyeron para encontrar un mismo fin.

Si alguien se hubiera fijado en él, ese sábado de mayo a las siete de la mañana, habría visto el vapor de la humedad que se escapaba por el tacto del sol. La vida a la intemperie en esos veinticinco años lo tenía lleno de grietas, por ese ciclo interminable de una ciudad donde llueve y hace sol mil veces en un día. Si alguien se hubiera fijado, hubiera notado su debilidad. Pero en lo único que Guillermo Baca puso su atención borracha fue en que la botella de aguardiente quedara bien puesta, que no se fuera a caer. La puso cerca del hueco para la bandera y luego, en una exhibición de su fuerza de albañil, cargó en sus brazos a la pesada María y la sentó a la izquierda del aguardiente. El muro se movió. En una cantina de San Javier, la farra había durado hasta la mañana, a cortina cerrada, y Guillermo tenía ánimos de continuar. Albeiro, su hermano, dormía entre los brazos de Rosa

en una pieza; en la contigua, Guillermo y María habían gozado del amor rápido y torpe de la borrachera. Pero Guillermo no quería dormir. Quería seguir bebiendo. Así que con el celular en Radio Uno la de uno, subieron a la terraza y él no notó los pedazos de concreto que se habían desprendido de entre los ladrillos. Mucho menos el vaho. Tampoco aquel movimiento. Solamente veía la calle y la cara redonda de María cuando abría los ojos y trataba de detener el mareo que le daba besarla.

Con una mordida en la oreja, ella, atontada por el guayabo que le hacía retumbar la cabeza, le pidió que cambiaran de lugar, pues no se aguantaba más ese hijueputa solazo en la cara. Guillermo exhibió su fuerza de nuevo, bajándola, y se recostó contra el muro, esquivando el sol. La atrajo hacia él, agarrándole las nalgas y ahí fue que escuchó un traquido y que vio que las begonias se iban cayendo; abrió los brazos buscando agarrarse del muro, pero solo encontró aire, y aire sumó al aire con el putazo que se le escapó antes de partir con su espalda los ladrillos que se regaron en pedazos por la acera.

Don Pedro y Felipe llegaron en la tarde, desde el otro lado de la ciudad. La calle todavía estaba llena de escombros, pero ya no retumbaban los alaridos del caído. Encontraron a Rosa y a María llorando encerradas, les preguntaron qué había pasado con el tipo, pero no les entendieron mucho en medio del llanto. María solo se había raspado una mano. El día siguiente, mientras cotizaban en una ferretería el cemento para levantar un muro nuevo, los Amaya se encontraron con que los redactores del *Qhubo* habían seguido la historia y titulaban en primera plana, con una foto del muro en pedazos: "Con la moza encima, hombre cae de un tercer piso". El recuento iba más o menos así: "...luego de que la señorita María Gómez se le quitó de encima, los vecinos cuentan que no podían creer que de un hombre salieran semejantes gritos. Su hermano, que dormía con la otra Gómez y se despertó por los quejidos, salió con el pantalón a medio poner y, sin pensar mucho la cosa, se echó a su hermano al hombro y lo subió al segundo piso; para tenerlo que bajar minutos después y pedirles a los vecinos que llamaran un taxi o una ambulancia, pues nada le calmaba el dolor y no lograba pararse. No siendo suficiente la desgracia del accidentado, el taxista lo llevó al Hospital San Vicente de Paúl, justo donde, según este diario pudo establecer, es enfermera la esposa del desplomado. Una fuente le contó a *Qhubo* que, al enterarse dónde estaba y qué hacía su hombre esa mañana mientras ella trabajaba, se negó a atenderlo y le dijo que ojalá se lo llevara el putas, a lo que el despeñado respondió: "Magdalena, sin ti me muero, nena".

Por supuesto, nadie se ocupó de la desgracia del muro, que había quedado, como el hombre, roto entre un reguero de aguardiente, tierra, cemento y begonias. Solo don Pedro sintió miedo de lo fácil y rápido que un muro y su solidez quedaban reducidos a escombros, fallando no solo en su rol de sostener, sino en el fundamental de sostenerse. Bastaban una nalga mal acomodada y una farra pesada. Se le remordió la conciencia. Por eso le disgustó la ironía del reportaje, le pareció cargaba algo de sevicia, y reprendió a Felipe por reírse y entonar la canción sugerida por el reportero. También regañó a sus hijas que opinaron que muy bueno, que por perro, que al final siempre había justicia divina; para don Pedro, ningún hombre merecía un destino así y no había justicia en la humillación. Emilia, muy universitaria, replicó que siempre era poético que los hombres cayeran por sus propios vicios. Doña Amalia prefirió callar, pero no ocultó la sonrisa con que delataba un pensamiento: "Dios no castiga ni con palo ni con rejo".

La semana siguiente, mientras don Pedro y Felipe alisaban la mezcla para los ladrillos, se enteraron por parte de María que Baca había muerto; nadie había sido capaz de volverle a pegar los pedazos de columna. Don Pedro se perdonó y mandó a su hijo a comprar varillas para reforzar el muro nuevo, pensando que de nada sirve una casa, ni un muro, si no puede soportar dos amantes. ☺

## MEDELLÍN DE CALLES Y GENTES

Fotografías de Juan Fernando Ospina

**JUNIO  
JULIO  
AGOSTO**

**SALA DE EXPOSICIONES  
TEMPORALES PRIMER PISO**

Biblioteca Pública Piloto  
Sede Central Carlos E. Restrepo

bpp BIBLIOTECA  
PÚBLICA  
PILOTO

Alcaldía de Medellín



# Días de resistencia, noches de plomo

por ANDREA ALDANA  
Fotografías por la autora



En su salida de Cali, la minga pasa por Puerto Resistencia y se despiden en medio del festejo.

—¡Nos están apuntando!  
—¡Nos están apuntando!  
—¿Qué pasó?  
—¡Nos están apuntando!  
—¡Cúbranse!  
—¿Nos están apuntando? ¿Qué pasa?  
—¡Primera línea, cubran a los periodistas!  
Taz, taz.  
El silbido de los dos disparos en Puen- te del Comercio fue casi inaudible. Este es uno de los puntos de “bloqueo”, “concertación” o “resistencia” montados en Cali el 28 de abril, día de inicio del paro nacional. El calificativo depende de a quién se entrevista, si es fuente oficial o usuario activo de camisa blanca, si es de la Arquidiócesis o si hace parte de los manifestantes. Los jóvenes señalan que pasaron por el costo- do derecho de donde estamos atrincherados. No sé qué tipo de arma era, no sé si era “traumática” o de fuego, no sé si ambas pueden matar —he leído que sí—, pero la escuché tronar y me acojoné. Toda arma que te disparen causa un trauma.

Cuatro días después, el 2 de mayo, aquí mismo mataron a Nicolás Guerrero y más de cincuenta mil personas lo vieron desangrarse en vivo. El DJ Juan de León estaba transmitiendo esa noche en su cuenta de Instagram. Estaban haciendo una velación en Paso del Comercio —como también llaman a Puen- te del Comercio—, un grupo grande oraba en torno a una cruz hecha con velas sobre la calle que estaba tapada, narraban la memoria de los muertos en medio de las manifestaciones en Cali. ¿La cifra? Cincos jóvenes asesinados en cinco días de protestas. En fotos parece que el evento era

pacífico, vecinos del sector afirman lo mismo. De pronto, llegó el Escuadrón Móvil Antidisturbios (Esmad) junto con otros policías a despejar la vía. Se ven gases, suenan disparos, la gente corre, los jóvenes gritan, la cámara cae, se levanta y enfoca a un muchacho en el suelo. Lo recogen entre varios, lo trasladan y alguien grita: “Está herido en la cabeza, está herido en la cabeza. Es grave. ¡Miren la sangre del pelado! ¡Se está desangrando! ¡Miren la sangre del pelado! ¡No nos disparen más!”. El pelado es Nicolás. Ese día vimos que Instagram también puede ser escenario para el horror.

—Ese día yo estaba a pocos metros de él.  
—¿En medio del ataque?  
—Sí, lo llevaban cargado pero el Esmad nos vio y nos gaseó más, tiraba hacia donde estábamos nosotros. Entonces tuvieron que descargarlo en el separador, ahí, vea, en ese pedazo de pasto.  
—¿Lo dejaron ahí?  
—No, lo volvieron a cargar hasta la atención médica y luego se lo llevaron en una camioneta, pero cuando yo vi el charco de sangre que dejó en el pasto y en el piso, ahí mismo supe que el pelado no se iba a salvar. Venga, camine y le muestro.

Luego de unas horas Nicolás murió en una clínica, pero fue en Paso del Comercio donde lo mataron. El hombre que me narra los hechos se nota consternado, no es joven, se ve que está sobre los cuarenta. No está encapuchado, le pregunto por qué sigue yendo y, antes de que responda, en su mirada leo que es por lástima.  
—Yo no soy quién para decirle cómo la han vivido ellos, solo les he colaborado

con líquido para los ojos. Auxiliarlos, que no les falte comida, que no les falte agua, ropa... Es que... Nosotros mismos tenemos la culpa de haber discriminado a todos estos niños. Si el gobierno se hubiera puesto a educar a la juventud seguro que la gran mayoría no estaría delinquiendo. Pero si no educas al niño, ¿entonces qué quieres? Y ahora lo que quieren hacer es una limpieza social. No es justo. Yo te digo lo de Nico porque lo vi y fue duro, duro, duro. Duro ver a estos pelados morir.

—...  
—Y la verdad es que oyes casos que alocinas. Hoy solamente dijo uno que antes de todo esto, llevaba varios días sin comer y que si desayunaba, no almorzaba ni cenaba, y que aquí estaba comiendo de todo y que aparte la comida se la daban con amor. Entonces ves esa diferencia de clase social que es brutal. Yo lo hablo mucho en la casa, nosotros hemos apartado a esos niños porque creemos que son bandidos y lo que pasa es que se criaron en la calle.  
—¿Tú crees que todos ellos se levantan por una rabia acumulada?  
—No sé si es por rabia, yo creo que es por no tener futuro.

Cuando dice “esos niños”, el hombre se refiere a la juventud que hace parte de lo que llaman la Primera línea. Jóvenes, por lo general, entre 14 y 27 años. Los hay más chiquitos y algunos pueden ser mayores, y lo único que parece tienen en común es que son marginados. Son los mismos que están a mí alrededor, en la improvisada trinchera, poniendo su pecho como escudo para que una bala no perforé el mío.

—¡Primera línea, cubran a los periodistas!

Pasan unos segundos, tal vez minutos, y caigo en la cuenta de mi cobardía. Me salgo del escudo humano, los miro y siento dolor. La impotencia se me transforma en rabia. Les reclamo.

—¡Ustedes no pueden ir por ahí arriesgando la vida! ¡Ustedes no pueden ir por ahí arriesgando la vida por cualquiera, y menos por un periodista que sabe perfectamente los riesgos que asume cuando ingresa a estos escenarios! ¡La vida de ustedes también importa!

—Madre, nosotros escogemos por qué causa damos la vida. Para nosotros los periodistas son importantes. Necesitamos que cuenten lo que en verdad está pasando, porque es que a ustedes sí les creen.

Me despedí de los jóvenes con la certeza de que podían morir a balazos en cualquier momento. Ese fue el segundo punto que visité en Cali, el primero fue La Luna y, aunque esa es otra historia, allá también un muchacho veinteañero recibió una bala que le perforó la cabeza.

\*\*\*

“No puede pasar”, le dice un joven, al que voy a llamar Jota, a un motorizado que se acerca hasta un punto en el que cerraron la calle en el sector de La Luna, donde está el puente de la calle 15, cerca de la galería de Santa Elena, en Cali.

“Hermano, no puede pasar, no hay paso, más adelante hay bloqueos”. El motorizado cruza sus manos sobre el timón de la moto, reposa su cabeza sobre las manos y así, inclinado, sin mirar a Jota y a los otros jóvenes que le impiden el tránsito, responde: “Así que no puedo pasar”. Después se levanta, da un giro en U en la moto y retrocede unos sesenta metros. Se estaciona, se baja con calma del vehículo, se quita el casco, se peina un poco, se lleva una mano a la cintura, desenfunda una pistola, la carga y dispara. Taz, taz, taz, taz. No se sabe cuántas balas dispararon contra los muchachos, “las balas llegaban de todas partes, como si estuviera coordinado, disparaban desde arriba del puente, desde una esquina y disparaba el man”, dicen los sobrevivientes.

De pronto, el silencio. Jota se asusta. Junto a los otros jóvenes se está protegiendo de las balas entre las columnas que sostienen el puente, y ahora teme que el motorizado haya dejado de disparar para acercarse y dispararles de frente. Angustiado, Jota decide, con mucha cautela, cerciorarse de la distancia que los separa. Asoma discretamente su rostro por un lado del muro en el que está resguardado y ¡taz!, recibe un balazo en la cabeza. Bajo la voluntad de quien parece ser tirador experto, Jota cae.

Al oír los tiros, se forma un griterío, un frenesí entre los manifestantes del sector La Luna. Cuatro de sus compañeros en la Primera línea intentan recoger el cuerpo de Jota, la misión médica se acerca corriendo, el motorizado no se ha ido. Recarga otra vez su pistola con la calma de quien está acostumbrado a esos ataques y vuelve a disparar. ¡Taz, taz! Dos personas más caen heridas. La gente corre, se lanza sobre las casas que abren la puerta para brindar refugio, alguien exclama: “¡Pecho al suelo, pecho al suelo, protejan órganos vitales!”; las calles se llenan de cuerpos tendidos. De repente, una persona chilló: “¡Nooo!, rompieron una válvula de la bomba, se está escapando el gas. Nos quieren incendiar. ¡Nos quieren quemar vivos! ¡Nos van a matar a todos!”. Son casi las siete de la noche, la oscuridad ya cayó sobre ese 7 de mayo y en La Luna solo hay disparos, terror, heridos y confusión. Una escena de guerra en la ciudad. Y por fin, en una camilla, logran sacar a Jota del escenario.



Vainilla de bala de fusil recogida en Siloé.

La hermana de Jota, una mujer que aún no llega a los treinta, está sentada frente a mí con sus amigas, las mismas que la acompañaban el día que recibió la noticia de su hermano. Y antes de empezar, dice que la vida está cargada de ironías: el día que a Jota lo impactó un balazo, su tío, el hermano de su mamá, cumplía 31 años de haber sido asesinado por la policía.

—Nosotros somos cuatro en la casa y preciso él es el menor de todos, la ñaña de mi mamá. En la Primera línea hay de todo. Mi hermanito, por ejemplo, trabajaba, solo que salía del trabajo y venía a protestar. Yo no sabía que estaba ahí. Él había dicho ese día que no iba a ir, el día anterior unas personas vandalizaron el D1 y él dijo que eso le iba a dar excusa a la policía para que les hicieran algo o los judicializaran a todos, que por eso no iba a ir.

—Pero finalmente fue.  
—Sí.  
Mientras hablo con la hermana de Jota en un patio interno y destapado de una casa en La Luna, un dron pasa por encima de nuestras cabezas, y ya es la segunda vez que un avión pequeño, gris

y que parece de combate, y un helicóptero de la fuerza pública, nos sobrevuelan. Digo nos porque los veo pasar, pero lo hacen sobre todo el barrio.

—En eso llevan todos estos días, el helicóptero pasa a cada rato y el dron pasó rápido hoy, porque siempre pasa súper lento, como si estuviera grabando. Pero el día que le dispararon a mi hermanito, y que la camioneta blanca empezó a disparar contra todo el mundo, ahí sí no pasó nadie.

Los bomberos llegaron y comprobaron el daño. Confirmaron que era gas, que había una tubería rota y que la válvula estaba dañada, no se podía controlar. Así que decidieron evacuar a todas las personas ubicadas a cien metros a la redonda de la estación de combustible y esperar a que se vaciara el tanque. Sin embargo, poco tiempo después tuvieron que retirarse porque unos desconocidos en una camioneta blanca aparecieron y empezaron a disparar contra la gente.

A las 7:30 p. m. circuló el primer video que advertía de la camioneta blanca disparando en La Luna, circuló principalmente por Twitter y se hizo viral de inmediato. A las 10:30 p. m. ya eran

varios los videos virales: la camioneta iba, venía y disparaba a su antojo — como blanco de tiro escogió a la misión médica— y, pese a la parafernalia policial de persecución y vigilancia diaria (helicópteros, drones, cámaras), en esas tres horas ninguna autoridad apareció para detener el tiroteo.

—Yo estaba con mis amigas sentada en el andén cuando una pareja en una moto se nos acercó y nos dijo que nos entraríamos porque desde una camioneta estaban disparando contra la gente, que ya había heridos. A mí me entró la angustia por mis hermanos, los dos habían estado todos los días en las manifestaciones. Llamé al mayor y estaba bien, en casa de un amigo, pero llamé al menor y no me contestó. Le insistí y nada. Me dio desespero. Seguí llamando y de pronto me contestó una mujer desde una clínica. Me dijo que a mi hermano lo habían herido de gravedad, lo habían impactado con un proyectil en la cabeza, que fuera hasta allá. ¡Imagínes! Aparte de todo, nos tocó atravesar todo eso en la calle.

—¿Tuviste que pasar en medio de los ataques?



—¡Claro! Menos mal que la clínica estaba cerca.

—Pero llegaron bien.

—Sí, pero allá pasó algo muy raro. Cuando nosotras llegamos, al rato, cuatro tipos llegaron en motos. Tres se quedaron afuera mirándonos pero uno entró. Y como adentro ya había un familiar con mi hermanito, pues vio cuando este hombre llegó a la puerta de la pieza, les tomó una foto con el celular y luego se fue. Ahí mismo activamos el protocolo de seguridad y pedimos que lo trasladaran.

—¿Y él cómo sigue?

—Sigue vivo, afortunadamente. Pero allá en la clínica nos dimos cuenta de que esto no era fortuito, hay una estrategia política de terror, y mi hermano les sirve más muerto.

—¿Estudiaba?

—No, él trabajaba, no ha podido pasar a la universidad. Sí se presentó por tercera vez, pero no han salido los resultados.

Jota sigue vivo porque la bala se alojó en su cabeza y nunca salió, eso sí fue fortuito. Pero le tiraron a matar. Ha pasado un mes y no hay detenidos por el caso, no hay sanciones, no hay justicia y no hay respuestas. El gatillero a ojo de todos, sigue impune y libre para disparar. Hoy a nadie le queda duda de que en Cali se dispara con libertad. La camioneta blanca detuvo su tiroteo porque la guardia indígena llegó a La Luna y la cercó. Los sicarios, al parecer, lograron huir por los techos de las casas, pero alcanzaron a retener a uno. Y justo en ese momento, casi a las once de la noche, el Ejército llegó a la zona y eso dio calma a la comunidad.

Todo es muy raro. En los primeros días de esta tragedia cañona, los videos que circulaban mostraban a la policía arremetiendo y disparando contra los manifestantes, pero a partir del 6 y 7 de mayo quienes empezaron a disparar lo hacían de civil desde carros, camionetas y motos.

En algunos videos también se ven jóvenes disparando contra la policía, como el que registró una cámara en la glorieta de Siloé. Es difícil descifrar lo que sucede en Cali porque, en río revuelto, pescan los legales desde muchas orillas.

\*\*\*

Lo primero que hay que decir de Siloé, como se conoce a la Comuna 20 de Cali, es que es un barrio estigmatizado por su pobreza y por su historial de violencia, allá han montado su fuerte todos los grupos armados, de izquierda a derecha, y ha sido inseguro por las fronteras invisibles que se han venido trazando. Dentro de sus calles hay un gobierno ilegal que se soporta sobre pistolas y fusil; un gobierno que, además, suele estar en disputa. Y, al mismo tiempo, es un lugar con mucho liderazgo social y comunal que intenta ofrecer otras opciones a los jóvenes y trabaja por acabar con los señalamientos. Guardando las proporciones —si las hay— e intentando hacer un símil, Siloé es algo así como la Comuna 13 de Medellín, y el pasado 3 de mayo también fue víctima de un brutal operativo de la policía.

Como ocurrió en Paso del Comercio, una multitud hacía una velación en la glorieta de Siloé, esta vez en memoria de Nicolás Guerrero. De pronto llegó el Esmad y, en lo que ya parece una acción sistemática, la emprendió a gases lacrimógenos y aturdidoras para disolver la actividad. La comunidad —había niños, ancianos, gente de todas las edades— salió corriendo lastimada, desorientada, despavorida, y la Primera línea se encabronó. Entonces comenzó el tropel.

Primero volaron piedras, latas, escombros y luego empezaron a sonar disparos. A media cuadra de la glorieta hay una estación de Policía y, según los testigos, desde esa dirección empezaron a llegar balazos. El enfrentamiento se



Fabricación de escudos para la Primera Línea en Puerto Resistencia.

alargó por horas, la policía siguió disparando, la Primera línea tuvo que retroceder y desde la loma de Siloé empezaron a bajar “los muchachos”. Acá nadie da la cara porque están asustados, entonces, desde el anonimato, un líder de Siloé me da su versión.

—Todo el mundo sabe que en Siloé hay pandillas, hay control territorial, ellos mandan y la policía está transada. Y, de repente, llega esa misma policía y entra disparándole a la gente del barrio, esos pelados también son muchachos del barrio. Las señoras que corrían, por ejemplo, son sus abuelas, sus tías, sus mamás. ¿Usted qué cree que iba a pasar? ¿Ah? Pues acá hay grupos armados y esos grupos armados bajaron a responder. Esa noche hubo de todo, eso fue una guerra, pero la policía quería masacrar a todos los pelados. Esa fue la noche que nos quitaron el internet.

La noche terminó en masacre. Hay videos que registran a la policía disparando indiscriminadamente hacia la comunidad, al Goes (Grupo de Operaciones Especiales de la Policía) subiendo con fusiles o armas de largo alcance por las calles de Siloé, y a unos jóvenes disparando contra la policía. El saldo fueron tres jóvenes muertos o balazos, más de una veintena de heridos y una rabia común hacia la fuerza pública que terminó por unificar a las pandillas.

—¿Ya vio los casquillos? Mire, mire, esto es bala de fusil, con esto fue que nos dispararon toda la noche y tenemos como treinta de estos mismos. ¿Y ya vio los huecos que dejaron las balas en las casas? Venga, venga le muestro.

Un hombre me muestra la vainilla de una bala y me dirige hacia unas casas y casetas comerciales cercanas a la glorieta de Siloé. Tiene razón, tienen múltiples orificios de disparos, alcanzo a contar seis agujeros entre dos casas, una caseta y una panadería, algunas balas atravesaron y dejaron marcada la trayectoria del proyectil, parecen venir del lado de la policía. Después dijo: “Lo único bueno de esto es que se unieron todas las bandas, ahora sí van a saber lo que es Siloé”. En ese momento entiendo lo que escribió en Twitter Gustavo Gutiérrez, fundador de la iniciativa Biblioghetto,

el día que la policía arremetió contra Siloé: “Han desatado una guerra. Se olvidan que dentro de Cali hay un subestado armado, con rabia y con falta de oportunidades”. Después de hacer un par de fotos, me despidió y me acerco a las maderas de la Primera línea. Enseguida ubico a una que parece líder.

—¿Quiénes conforman la Primera línea?

—Acá hay de todo, barberos, latoneros, peluqueros, raperos, grafiteros, de todo.

—Sí, ¿pero quiénes la conforman? ¿Qué los motiva? ¿Si los están matando por qué siguen ahí?

—Mira, estos son todos pelados que manejan un arte pero no tienen dónde hacerlo y si tienen donde hacerlo no les da para vivir, ¿sí ves? Algunos estudian, otros no y lo único seguro que tienen es la calle, ahí es donde están las armas.

—¿Tu crees que hay muchachos armados en la Primera línea?

—Yo creo que no porque los conozco casi a todos, pero no sería raro.

—Pero...

—Lo que sí es que ahora están pendientes de que la policía no vaya a matar a la Primera línea.

—¿Cómo así?

—Sí, si se arma una balacera ellos también van a disparar.

—¿Vos cuántos años tenés?

—Treinta y dos.

—¿Sos mamá?

—De tres niños.

—¿Y no te dicen nada?

—Sí, se asustan, me dicen que no quieren que me maten, que no entienden por qué la policía nos gasea. Y yo les explico que estoy luchando por ellos, para que puedan tener un futuro.

—¿No te da miedo que te pase algo?

—Sí, a todos. Pero es que esto es necesario y ha sido muy bonito. Esto ha unido a mucha gente, ya no hay fronteras invisibles. Hace ocho años estábamos matándonos entre nosotros y ahora eso se acabó.

—¿La protesta unió a las bandas?

—Sí. Yo soy líder, yo les hablo mucho, siempre les digo que ellos tienen que unirse, que no pueden matarse entre ellos. Que hay que estar unidos para defendernos. Y por fin están oyendo.

—Pero se unieron entorno a un enemigo común, se unieron en torno de la pol...

—Sí, en torno de la policía.

—Bueno, pero supongamos que esto acabe, ¿qué va a pasar cuando el paro acabe? ¿No vuelven las fronteras invisibles?

—Yo creo que van a seguir unidos, ellos mismos han dicho que no pueden seguir matándose entre ellos porque ellos son Siloé.

Pero es bien sabido que pocas cosas son tan débiles como las treguas. Y que cuando estas se rompen, la violencia regresa recargada. Fui varias veces y siempre salí con la misma sensación, la gente no quiere que se acaben las protestas porque, aunque sea momentáneo, el paro y el bloqueo de ese punto trajeron la “paz” a Siloé.

Estoy a punto de irme, está oscureciendo y, de repente, ¡taz, taz, taz, taz, taz, taz, taz! Suenan como siete disparos. La gente corre, yo corro, todo el mundo a la expectativa, y nada pasa. La policía sigue tranquila, mirando desde su lado de la glorieta la algarabía que se formó en la comuna. Cuando aplaca el asunto pregunto qué pasó y un motorizado me responde: “Nada, fueron los muchachos. Un ladrón se quería meter a la panadería de un vecino y los muchachos lo cogieron de quieto”.

\*\*\*

El 9 de mayo, todo el mundo vio las imágenes de personas vestidas de civil que, en un barrio al sur de Cali conocido como Ciudad Jardín, dispararon contra la minga indígena. Pero lo que más conmocionó o indignó —no sé bien cómo definir la emoción— fue que agentes de la policía parecían escoltar a quienes dispararon y no proteger a quienes recibieron los disparos. Y ahí tampoco hubo capturas, aunque todos pudieron ser detenidos en flagrancia. Horas después, el alcalde, Jorge Iván Ospina, confirmó que ocho indígenas resultaron heridos después de la balacera, uno de ellos de gravedad. La policía, por su lado, dijo: “Atendimos el llamado de auxilio de la comunidad del sector, en donde informa la ciudadanía

que estaban siendo atacados por un grupo de indígenas”.

El 28 de mayo la escena volvería a repetirse, civiles amparados por la policía dispararon contra manifestantes en Ciudad Jardín. Unos días antes estuve cerca de esa zona para conversar con alguien que hizo parte de las filas paramilitares. Sin que se me permita dar mucho detalle, *grosso modo* me informaron que ese día se movilizaron “oficinas” —grupos de ilegales con sicarios a disposición— hacia esta zona y que la solicitud había salido de alguien que fue “coronel”. Pregunté por qué esa reacción tan desmedida.

—Es que nos tenían secuestrados. La gente se cansó y salió a desbloquear. Imagínese, llegamos al punto de no tener ni cebolla ni tomate. Era tan grande el desabastecimiento que en la panadería nos vendían una barra de pan por familia.

—¿Y se tenía que resolver a disparos?

—Pero eso empezó porque los indígenas dañaron los carros. Y usted sabe, la violencia llama más violencia. Ellos también atacaron.

—No he visto el primer video de indígenas disparando. ¿Vos sí?

—...

—...

—No, yo entiendo, yo entiendo, la violencia no es el camino pero es que estaban cansados. Y acá no vive cualquiera.

—Aquí viven varios militares y policías retirados, ¿cierto?

—No solo eso, acá vive mucho rico, mucho narco. No todos lo son, no todos lo son, eso hay que decirlo, pero acá vive gente muy pesada. Haga de cuenta La Estrella en Medellín.

En nuestra legendaria historia del narcotráfico, siempre nos contaron del cartel de Medellín y el cartel de Cali, pero poco nos hablaron del Cartel del Norte del Valle, tal vez porque en el mundo ilegal siempre se le conoció como “el cartel de la policía”. ¿La razón? Su líder y fundador, Orlando Henao —el Hombre del Overol—, y varios de sus cabecillas como Efraín Hernández Ramírez —Don Efra—, Víctor Patiño Foméque —el Químico—, Wilber Alirio Varela —Jabón— y Danilo González eran expolicías. Este último, incluso, llegó a coronel y fue director de



inteligencia del Gaula, unidad encargada de contrarrestar delitos de secuestro y extorsión. La tenebrosa alianza entre narcos caleños y el Bloque de Búsqueda para acabar con Pablo Escobar terminó dando forma a este cartel, ya que muchos de sus integrantes hicieron parte de la caería del capo. Después vino la connivencia con los paramilitares, que en el caso de Cali fue con el Bloque Calima. Desde entonces, no son pocas las denuncias de prensa que vinculan a policías con la ilegalidad. Y tal vez todo este contexto arroje luz para entender por qué la policía fue tan blanda con las personas que dispararon en Ciudad Jardín.

La minga optó por regresar a sus resguardos y protestar por vías de hecho desde allá. Pero antes de irse pasó por varios de los puntos que se levantaron en Cali durante las manifestaciones. En Ciudad Jardín recibió balazos, pero en Puerto Resistencia se despidió entre una multitud que le cantó, la vitoreó y le pidió volver. Dos ciudades en una.

\*\*\*

Los manifestantes montaron treinta puntos en total, pero los de mayor tensión en cuanto a orden público fueron once, muchos todavía en pie: Juanchito, Puente de los Mil Días, Calipso, Loma de la Cruz, Portada al Mar, Sameco, Paso del Comercio, La Luna, Puerto Resistencia, Meléndez y Siloé. Visito los últimos seis y en todos veo Primeras líneas, cada una marcada por la idiosincrasia y las dinámicas del barrio. En ellas encuentro dueñas de restaurantes quebradas, barberos, desempleados que dejó la pandemia, chicas abusadas sexualmente, jóvenes bajo el consumo de drogas, cocineras, mamás, cuidadores de carros, jaladores de carros, artistas, estudiantes, exintegrante de combo, exsoldados, músicos y habitantes de calle. Todos firmes en que no van a ceder y en que se van a “hacer matar si es necesario hasta que esto cambie”; todos pensando que si el paro dura un mes, “debe hacerse una nueva Constitución Nacional”; todos esperando que el presidente Iván Duque llegue porque alguien les dijo que esa semana sí iba. Todos llenos de resistencia

pero estimulados por alguna cadena de mentiras. Y, además, esperando “negociar con el gobierno” para pedir que les “proteja la vida” y no los “judicialice”.

En un punto del que me guardo el nombre encuentro que todos en la Primera línea están armados, pero sus armas son legales. Son exsoldados profesionales y tienen permiso para llevar el armamento, algunos son soldados activos pero están de descanso. Se atrincheraron y llevan días durmiendo en un costado de una estación destruida del MIO. Como en los demás puntos, a ellos también les pregunto por qué están ahí, ¿qué están esperando? ¿qué están exigiendo?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Sí, nosotros hacemos lo que decidan los jóvenes. Los manifestantes se organizaron en voceros y hay un señor que es como líder, yo simplemente me acerco todos los días y le digo: “Ordene”. Nosotros no pedimos nada, estamos acá solo para prestar un servicio.

—¿Por qué decidieron venir acá?

—Porque lo que está haciendo la policía está mal, está matando a los jóvenes. Cuando yo me di cuenta de los asesinatos, ahí mismo llamé a un grupo de lanzas que estudiaron conmigo y éramos amigos, todos aceptaron y nos vinimos para acá. Nos vamos a quedar hasta que nos ordenen que hay que irnos.

—¿Y si llega la policía?

—Depende de cómo llegue. Si se acerca hablando, se le recibe hablando. Si se acerca disparando, la sacamos disparando.

—Pero siento como que crees que sigues prestando servicio, nostálgico del monte...

—Es que es lo mismo, nosotros estamos prestando servicio, solo que esta vez estamos del lado del pueblo.

La Primera línea es eso. Jóvenes diversos, diferentes, con una nueva solidaridad de cuerpo, anhelo de cambiar sus condiciones de vida, rabia y algo de espíritu kamikaze. También repiten al mismo tiempo que no quieren que los maten. Me sorprendió la firmeza con la que están dispuestos hasta a inmolarsen con tal de no ceder ante el gobierno, el autoritarismo o la policía. La Primera línea no es

uniforme y no es la misma ni siquiera en los treinta puntos que levantaron en Cali para protestar, mucho menos se parece a las que surgieron en el resto del país. Les han dicho vándalos, los han llamado terroristas, pero en sus comunidades les dicen héroes, los alimentan, los aupán y los animan a seguir. En Cali son jóvenes que más que futuro solo tienen presente y en ese presente son héroes, a eso se aferran y por esa heroicidad se van a hacer matar. Le ponen el pecho a las balas pero no tienen claras sus peticiones, todos coinciden —eso sí— en que no quieren ser judicializados.

Más de un mes de paro en el que han perdido los ojos, la vida, no puede terminar únicamente en la promesa de no ir a la cárcel de la mano de la Fiscalía. Hace un par de horas leí la nueva noticia: allá en Paso del Comercio, donde la Primera línea me protegió como escudo humano, a la una de la madrugada del 1 de junio, mataron a dos de los manifestantes. Me atormenta pensar si alguno de ellos estaba entre los que pusieron el pecho por mí.

Cuando me despedí de los jóvenes en Paso del Comercio tuve la certeza de que podían morir a balazos en cualquier momento. Mientras escribo este texto, dos de ellos ya fueron asesinados la madrugada del 1 de junio por una persona vestida de civil; el 3 de junio la víctima fue un patrullero de la policía, desaparecido en la noche y presuntamente asesinado; y el 4 de junio, dos manifestantes más fueron asesinados en medio de una violenta arremetida nocturna de la policía. Cinco víctimas en cuatro días y aunque todo ocurrió en Paso del Comercio, esa es ahora la constante en la capital del Valle del Cauca: hombres de civil que desde moto, camioneta o a pie, disparan contra los manifestantes; jóvenes de Primeras líneas aplicando lo que creen es justicia por mano propia; policías que disparan a matar al protestante y gatilleros de la noche que tienden a matar de madrugada. Y aunque esto ya sigue un patrón y parece sistemático, no hay capturas de pistoleros ni responsabilidades. Queda claro que cualquiera tiene venia para disparar. Hoy Cali es bala, y las cruces están en las calles, no solo en un cerro lejano. ☹



# Open road: impresiones de un camino

por ÁNGEL CASTAÑO GUZMÁN • Ilustración de Marco y Augusta

En Vallejuelo —un corregimiento de Zarzal, Valle— brotó la idea. En una pausa del diálogo entre HAT y Aurelio sobre la belleza estilística y la complejidad estructural de *Gran sertón: Veredas*, el primero habló del viaje. Propuso emprenderlo los primeros días de Semana Santa. De esa manera, rodeados por el calor y las pinceladas de un paisaje asfixiado por la swinglea, la charla viró hacia los preparativos, los detalles, los pactos. Asentí. El atractivo del destino era innegable: de Boyacá en los campos. Mientras las imágenes rasguñaban a prisa las ventanillas del auto, recordé fragmentos de mi anterior ida a esos territorios, los de la papa, la ruana, el puente. Al volver a un sitio resulta inevitable tasar los despojos vividos, hacer con lápiz rojo los inventarios del naufragio. A principios del segundo decenio de este siglo, conducidos por Hugo H., Noemi y yo visitamos Tunja, Villa de Leyva, Ráquira; vimos las olas, la arena del lago de Tota. Hoy, ella vive en otro país. Por mi parte, fatigo las calles de Armenia.

En un restaurante de Zarzal, trazamos el itinerario. La ruta —se acordó de entrada— no pasaría por Bogotá. Aurelio propuso entrar a Boyacá por una de las esquinas —Otanche— para conocer parajes poco frecuentados por el tsunami del turismo. En su opinión, el camino para atravesar la cordillera era el de Letras, no La Línea. De ahí se bajaría a las planicies del Tolima y, por la vía de Honda y Guaduas, a Puerto Boyacá. HAT me encargó cotejar en Google Maps el mapa oral de Aurelio. Este ha sido trashumante: vivió con una profesora de inglés en la Sierra Nevada. Fue en moto del Quindío a Cúcuta: quince horas de trayecto. Ha publicado tres libros de poemas. Conoce tiendas en caseríos dónde oficiar con decencia el ritual de la cerveza. De regreso a Armenia se convino iniciar el periplo el Martes Santo a las ocho de la mañana. Aurelio nos llevó cerca de Maipú 994. En este punto sale de la historia. El fuego del whisky cerró esa jornada. Por un rato, el círculo aceptó su parentesco con el cuadrado.

\*\*\*

En la Ford blanca de HAT trepamos las curvas de La Línea —decidimos ir por ahí para pasar los 8,65 km del túnel—. Impresiona el tamaño, la contundencia de la obra. También los retrasos. Paramos a desayunar en Cajamarca. Los viandantes —la mayoría sin tapabocas— tenían las manos gruesas de los labriegos, las uñas rotundas. En 2018, el pueblo —cuadras agrupadas a los lados de la cinta de asfalto— fue el escenario de una disputa entre los grupos ambientalistas de la región y una multinacional. El 26 de abril de dicho año se realizó una consulta popular para decidir el destino del municipio: la minería o la agricultura. El 97 por ciento de los votantes rechazó las pretensiones de la AngloGold

Ashanti. En la plaza central resaltan dos cosas, ambas vinculadas con el catolicismo: la enorme parroquia San Miguel Arcángel y el busto de monseñor Ismael Perdomo Borrero, fundador de Cajamarca. Las vacilaciones de este prelado —siendo arzobispo de Bogotá— entre Alfredo Vázquez Cobo y Guillermo Valencia propiciaron el final de la hegemonía conservadora y el ascenso al poder del liberalismo con el triunfo de Enrique Olaya Herrera. Desde luego, no pensé en ello al saborear unas empanadas en una cafetería-billar. La historia se desparrama por los muros, las estatuas, las placas, los topónimos.

La voz de Google Maps alternó con las nuestras: ofreció indicaciones para llegar a Guaduas; nosotros, glosas de la calzada, de la salud de la calzada, de los vaivenes del mundo. Sin contar el algoritmo, éramos tres los contertulios. En el timón, HAT. Poeta exquisito, ensayista riguroso, traductor de Eliot y Li Pai, polemista. Autor de tres poemas de antología: *Proverbios, Tango, M.M.C.* En su vida se dan cita los brillos y los azotes de Colombia: cultura cosmopolita, irreverencia incómoda, refrescante; el secuestro del tío Rogelio Tenorio y el destierro de la finca Zaragoza. En el asiento trasero, Tatiana. Licenciada con pocas millas en la docencia. Novelista en ciernes. Y yo, el copiloto. Profesor universitario. Un adulto en llamas. Las pláticas siguieron múltiples sendas: los recuerdos de HAT de sus estancias en España, USA y China. Los conatos de rebeldía del hijo adolescente de Tatiana y las espinas dejadas en ella por su madre. Mis salidas en falso respecto a la política actual, la literatura, las emociones. En síntesis, tres hornadas de colombianos. HAT pertenece al país anterior al Bogotazo, con rostro agrario, bipartista. Sus recuerdos de niñez se conectan con la Buga de los cincuenta: con el abasto de la abuela materna y las abluciones en nata de leche de la bisabuela. Tatiana no conoció la tecnología del VHS. Su infancia se desarrolló en los cuartos de un quinquenio del sur de Bogotá y en los riscos de Génova, Quindío. El mío es un clan de clase media baja cuya salida de la pobreza fueron el colegio y la universidad.

Al arribar al parque central de Guaduas, fotografiamos la estatua de la Pola. Probé el cartucho, un panecillo relleno de arequipe preparado en la bizcochería El Néctar. En una esquina, una pequeña estatua marca el edificio en el que se custodió la cabeza del prócer José Antonio Galán. Las puertas de la casa museo de la Pola tenían candado. En las paredes exteriores de un colegio un conjunto de pinturas toscas narra las peripecias de la heroína nacional: su encuentro con Alejo Sabaraín, el fusilamiento en Bogotá. En los ochenta, noventa y albores del 2000, Guaduas padeció la violencia del paramilitarismo —asociada con los alias del Mexicano Rodríguez Gacha, del Viejo Isaza, del Pájaro Gallo Bedoya—.

El último fue quien movió los hilos para desplazar a HAT de su finca, luego de sus secuaces torturar y asesinar a Edison Mira. La denuncia de la salvajada la incluyó HAT en *Ajuste de cuentas, la poesía colombiana del siglo XX*, en la dedicatoria al finado. El pasado es el zombi del doctor Frankenstein: lo conforman piezas mal cosidas con cabuya. Aquí la belleza y la infamia son troncos unidos por las raíces.

\*\*\*

Al organizar estas notas —¿será apropiado usar la etiqueta crónica para nombrarlas?— cuestiono su pertinencia. ¿Qué sentido tiene narrar un viaje en la época de los satélites, de la fibra óptica, de las pantallas? He sido lector de este tipo de textos. Gocé con las páginas de *Peregrinación de Alpha*, de Manuel Ancizar —un referente del género en Colombia—; con los libros de Paul Theroux, de Martín Caparrós, de Bruce Chatwin, de Bill Bryson, de Wade Davis. Esto, no hay duda, suelta pistas, intuiciones, mas no allana el sendero. No disminuye la perplejidad. La literatura de viajes suele combinar una mirada aguda con ambientes pintorescos, costumbres extrañas. El conocimiento del otro, del foráneo, brinda herramientas para la afirmación del yo. Sin embargo, en la aldea global, ¿quiénes son los otros?, ¿existen en los tiempos de Facebook, del covid-19? ¿Acaso la *big data* y los algoritmos no son ya la patria común? En todo el camino vi gente afezada el celular. La vi en el Alto del Trigo, en una esquina de Mariquita, en un puente sobre el Magdalena, en un balneario de lujo más allá de El Espinal, en las filas para comprar los pasaportes de ingreso a la Hacienda Nápoles.

\*\*\*

El bostezo de un hipopótamo nos recibió en el restaurante de una gasolinera. La réplica en yeso de la fauna traída por Pablo Escobar fue el aviso de la cercanía de Nápoles. De Puerto Boyacá a Puerto Triunfo hay 34,6 km, 45 minutos a velocidad no temeraria. Optamos por visitar las ruinas del imperio. Tremenda sorpresa me llevó: el pórtico del parque Hacienda Nápoles tiene el aire de la escenografía de un filme gringo. No se ve la avioneta clavada en la entrada. Nápoles no es Nápoles. El sitio —movido por las fuerzas del capital— mutó. La historia se convierte en espacio de recreo, en meca vacacional. Hay cuatro tarifas de ingreso: van de 51 000 hasta 133 000 pesos por persona. Además, por la extensión del terreno, se deben pagar veinte mil para poder recorrerlo en automóvil o, en su defecto, contratar una mototaxi. Los hipopótamos de hueso y grasa no se alcanzan a ver: un lago los separa del turista. Los niños correteaban por ahí. Las madres lucían vestidos de baño de variable audacia. Los padres mostraban sin

reparo el vientre hinchado a quien osaba mirarlos. La gente va a Nápoles por el morbo narco, tan rentable siempre. Empero, se encuentra con un centro de entretenimiento.

Desde el refrigerado interior del automóvil se pueden contemplar por unos segundos —mientras dure la paciencia del conductor de atrás— el esplendor de los pavos reales, las garras de los avestruces, las manchas del tigre, las orejas de los elefantes. El paseo en Nápoles tiene el barniz de *Guerracivildad en ruinas*, de George Saunders. Incluso las zonas signadas por la historia sucumben a la lógica del mercado, se transforman en templos de consumo. No deja de ser una muestra de la ironía del azar el hecho de atisbar bronceados bañistas clasemedieros en parajes marcados por la barbarie. El narcotráfico —con sus chorros de dinero rápido, fácil— infantilizó a la sociedad. Lo hace aún. En un momento, transitamos la pista de aterrizaje de Nápoles. Sentí el escalofrío de pasar por una necrópolis. En un viraje del derrotero, decidimos enrutar a Carmen de Viboral: la comarca de José Manuel Arango y de la loza. A ritmo de tractomula subimos la topografía antioqueña. Introduje un tema en el torrente de la charla: comparé el uso dado a Nápoles con el de la Posada Alemana, de Carlos Lehder. Las instalaciones de la finca se caen a pedazos: el agua y los furtivos ladrones hacen de las suyas. Debe haber un punto intermedio entre la maleza y la bisutería Disney. Ambos extremos son metáforas. ¿Cuál es más útil, provechosa? No sé.

\*\*\*

En el siglo XVIII, las familias adineradas de Gran Bretaña enviaban a la Europa continental a sus hijos a completar su formación: visitaban los lugares de la cultura clásica en Italia, Grecia y Francia. El sacerdote católico Richard Lassels fue quien acuñó el término *Grand Tour* para referirse al peregrinaje. Antes de ser devorados por las rutinas de la adultez, los jóvenes pulían modales, se ejercitaban en el placer, adquirían conocimientos de primera mano. Mucho de ese espíritu se conserva en los mochileros del Cono Sur y en los trotamundos europeos e israelíes. Por el contrario, la colombiana no ha sido una idiosincrasia propensa a soltar las amarras y expandir los horizontes.

En *Camping-car*, Iván Jablonka narra las formas en que sus padres le contagiaron la fiebre por la vía, el nomadismo. El gusto por salir de la cuadra, de los predios familiares se conecta con fenómenos de cariz social, económico. Para los estratos uno, dos y tres el viaje, en su mayoría, es sinónimo de paquetes turísticos: hoteles y guías contratados con agencias. Deambular sin brújula es una práctica usual entre los ricos y los monjes. Ignorar los mínimos detalles de dónde se va a pernoctar, qué



se va a comer, cuáles paradas se harán es una gracia concedida a los magnates, a los *santokas*. Semanas antes de la travesía, salí muy de mañana a comprar las arepas del desayuno. El ruido de los carros era mínimo, todavía las bombillas del alumbrado *lustraban el asfalto*. Me crucé con mis compañeros del colegio y de juegos: iban *disfrazados* de sus padres: obreros, enfermeras, madres, mecánicos. Antaño, la meta era la cancha de fútbol; ahora, el almacén y la fábrica. Al regresar a Armenia pensé en ellos.

\*\*\*

Google Maps se pifió: nos llevó a uno de los extremos de Antioquia —Nariño, a una hora de Sonsón—, con la promesa de una vía en buen estado hasta La Dorada, Caldas. No hubo tal: un par de policías nos disuadieron de seguir. Pernoctamos en un hotel barato en Copacabana. Las autopistas antioqueñas son un lujo. Rápido enrutamos a Puerto Berrio. Las vías de Santander —las de Cimitarra, Landázuri, Vélez— son un fiasco. A pesar de la feracidad de las montañas, del follaje de cien nombres y mil trinos, el paso por

Santander puso a prueba la resistencia física, psíquica. En estos tramos, las palabras se esfumaron. En la guantera de la camioneta HAT tiene cedés de Pipe Bueno. En las fiestas canta a pulmón lleno "...preparate, mi amor, porque esta noche te tengo preparada una sorpresa..." de Los Tucanes de Tijuana. Cuando el whisky lo dicta, pide canciones de María Callas, de Roy Orbison, de los Stones. Tatiana tarareó las baladitas tristonas de Laura Pausini.

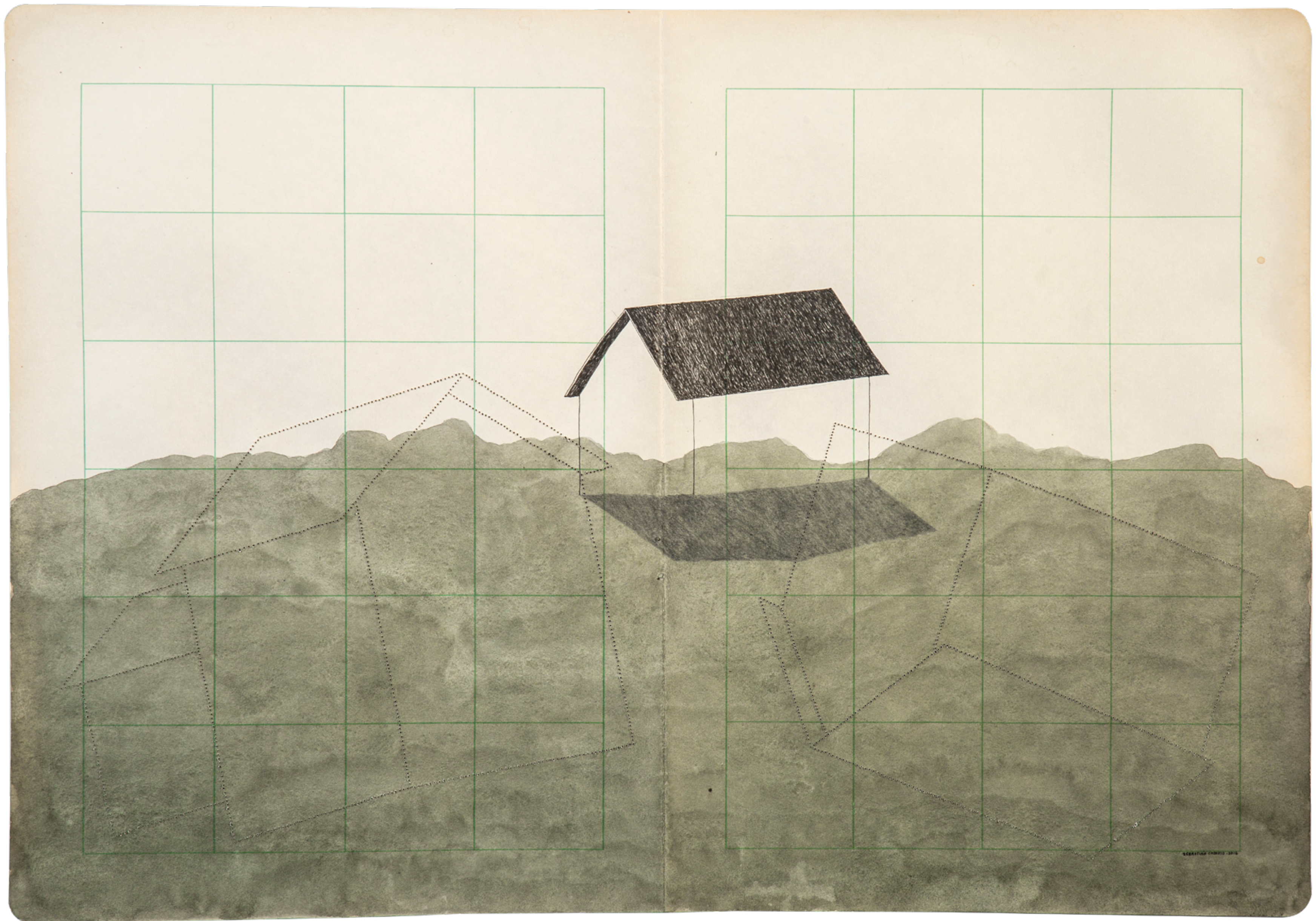
Boyacá llegó: fue la luz. En la limpidez del aire, en la hilacha de frío, en la cadencia del habla, hay rastros de voces antiguas. Boyacá palpita en otra frecuencia. Entramos a Ráquira: calles coloridas, indigestas de sombreros, pulseras *made in China*. Carros al acecho de un hueco en el cual aparcar. Objetos de barro saturan al ojo: superhéroes, relojes, platos, animales, dibujos animados, tazas, materas. Ráquira, Salento, Guatapé ofrecen lo mismo: la compra de suvenires. No obstante, el nombre —Ráquira— tiene un eco gutural en la memoria de Tatiana. Lo conocí pronto: con él llamaban a un vecino de la pensión del sur bogotano. Si mal no recuerdo, un mecánico de carros que aplaudía el florecimiento carnal de Tatiana y de sus hermanas. La suya fue una

infancia marcada con el hierro candente del abandono del padre, de la ebriedad de la madre, del embarazo prematuro. Sus historias son las de un pedazo de Colombia —no geográfico, económico— que irrumpe en el día a día de los demás con la retórica de las noticias judiciales. Ella procura convertir esa mierda en abono: lo hace en páginas dolorosas. No obstante, las sombras la ahogan.

\*\*\*

Tomé pocas fotos. Compré obsequios de loza en Carmen de Viboral. Una ruana de cuatro puntas en Tunja. Tuvimos días de doce horas de viaje. Pasamos por Tolima, Cundinamarca, Boyacá, Antioquia, Santander, Caldas, Risaralda. Unimos tres altos: el de La Línea, el del Trigo, el de Letras. Volver a la piel —las costumbres, los lugares— constituye una muerte pequeña, manejable. La rubia de *Still Corners* —a medias sirena, a medias esfinge— lo canta con el tono de los sueños: "*Pack your bags, hit the open road / Our hearts just won't die / It's the trip that keeps us alive*". La carretera le inyecta a la vida un espejismo de sentido. ©







# La casa por la ventana

por CRISTINA TORO  
Fotografía de Juan Fernando Ospina

La ventana es la misma desde hace más de ochenta años. Madera fina de la de entonces y un vidrio grueso de los que ya no se fabrican permanecen a golpes de sol y viento como testigos del tiempo. Cuando el arquitecto Nel Rodríguez construyó la casa en 1941, se podía mirar hacia el valle de Aburrá y ver el río Medellín cruzando el horizonte, el cerro El Volador de frente y a lo lejos la ciudad, que apenas subía al segundo piso en algunas construcciones. Al otro lado del río, un año atrás, Pedro Nel Gómez había trazado lo que sería el barrio Laureles, en el antiguo corregimiento de La América.

En la actualidad, si se mira a la izquierda de la ventana, el edificio de consultorios que violenta la escala del barrio con su altura no deja ver el suroccidente, y hacia el frente, a lo lejos, el edificio cercano al metro recorta la visibilidad sobre el cerro que se asoma con sus copos de bosque a ambos lados de la mole.

Se ven los techos de tejas de barro que descienden escalonados sobre la loma y árboles más viejos que la casa, en los que se posan los currucutúes a repetir su canto en las mañanas sin dejarse ver. Gavilanes y azulejos, siriríes, garzas, loras, canarios y muchas otras aves habitan este barrio Prado que en cada edificación guarda un misterio.

En la juventud del barrio circulaban por sus aceras las familias adineradas y en sus calles los chicos jugaban trompo, gallina ciega, pirinola o coclí. Las chicas a duras penas salían y sus juegos eran versiones en diminutivo de lo que se esperaba de su vida adulta: mamacitas, cocineritas, monjitas. Esos mismos muchachos jugaban fútbol cuando aún no se había construido el estadio y los campeonatos se disputaban en la cancha Los Libertadores, en el naciente barrio San Joaquín; las jóvenes, que todavía no podían aspirar a ser ciudadanas, seguramente los miraban de reojo rumbo a las normales de señoritas y colegios de monjas en los que las orientaban para ejercer labores afines al hogar, la religión o la caridad.

Los pregones de los comerciantes de leche y víveres, parva fresca, tierra de capote, flores, viandas y bisuterías que recorrían a pie o a caballo el barrio, retumbaban contra las fachadas, calcadas por arquitectos y maestros de obra locales de postales europeas y norteamericanas.

Por aquí pasaron con sus vestidos a mitad de la pantorrilla y sus calcetines tobilleros las señoritas casaderas que después prometieron fidelidades irrenunciables a sus novios recién graduados de ingenieros o abogados, los mismos que administraron las empresas comerciales e industriales de la creciente economía de la época.

Esta ventana la limpiaba la dentro-dera que compartía habitación con la cocinera y a lo mejor solo salía los domingos a misa en la Metropolitana. En las casas vecinas las empleadas también trabajaban en horario corrido y debían darse por bien servidas si además de la comida y la dormida se ganaban unos pesos para ayudar a su familia.

Muchos torrentes y aluviones han bajado por estas lomas que fueron desgastándose como las fachadas de sus mansiones. Quedan vestigios no solo en la arquitectura sino en la vegetación, de

un entorno concebido como negocio urbanístico por inversionistas que en 1926 parcelaron la finca La Polka para dar origen al vecindario más suntuoso de la ciudad. Cedieron franjas al municipio para trazar calles y construir sistemas de acueducto y alcantarillado, iluminaron el entorno con cuarenta faroles con diseños copiados de alguna ciudad europea y le dieron el privilegio al barrio de arraigar especies tan bellas como los cascoevaca, carboneros, mangos, cauchos, acacias, caobas y los emblemáticos guayacanes amarillos, rosados y blancos que tapizan las aceras con su alucinante floración.

La crisis de los años treinta impactó el crecimiento de la construcción y los lotes pendientes de urbanizar se dividieron dando paso a casas sin antejardín que conservaban el estilo de arquitectura foránea a una escala menor en amplitud y altura. A partir de los años sesenta el vecindario se fue poblando

con habitantes de otras procedencias que ocuparon las casas señoriales reformadas para dar cabida a dos o tres viviendas, los nuevos edificios de cuatro a seis pisos de altura y las casas de estilos más modernos con fachadas en mármol y piedra bogotana.

En menos de cincuenta años los descendientes de los fundadores del barrio, los hijos y nietos de los Olano, los Cano, lo Restrepo de Carlos E., los Santamaría, Ángel, Nicholls, Duperly, Moreno, los herederos de la “gente pesada de Medellín”, partieron en sus carros último modelo con chofer para establecerse en Laureles y El Poblado. Se fueron lejos de sus vecinas licenciosas de Lovaina, la universidad del sexo, lejos de sus vecinos obreros de Manrique, Villa Hermosa, Campo Valdés y Aranjuez, que fueron apeñuscando las lomas colindantes incentivados por los proyectos urbanísticos financiados por cuotas, que ofrecían “agua, luz y tranvía” a sus moradores.

El trazado de la avenida Oriental cercenó las comunicaciones armónicas con el Centro de la ciudad y la soledad de la noche se fue tomando el vecindario cuando el uso residencial dejó de predominar y cambió la vocación del barrio. El viaducto del metro que transformó la carrera Bolívar, antes conocida como El Llano, y la ampliación de la calle Barranquilla marcaron otro límite territorial que aisló más aún la conexión con referentes urbanos como el Cementerio de San Pedro y el Bosque de la Independencia.

El barrio se convirtió en una isla rodeada por aguas azarosas en la que las sombras de la noche sepultaron los fantasmas de los jóvenes que salían de las fiestas de quince en los tiempos del esplendor y de los hombres de sombrero que regresaban copetones de los cafés del Centro, o de visitar a las muchachas de los burdeles que a pocos pasos tenían sus sitios de encuentro.

En la actualidad hay viviendas, clínicas, consultorios, centros geriátricos y de beneficencia, instituciones educativas, sedes religiosas, graneros, panaderías, farmacias, pequeñas industrias, mercados, talleres, ebanisterías, hostales, inquilinatos y algunas sedes culturales que generan un tráfico continuo de carros, buses y gente desde las cinco de la mañana hasta caer la tarde. Luego las calles se ven desiertas, salvo en la esquina de la clínica que permanece sin tregua con su enjambre de taxis amontonados a ambos lados de la calle.

Otros son los pregones del año veintiuno. La pandemia y el hambre sacaron las tiendas a la calle y desde muy temprano los parlantes ofrecen aguacates, mazamorra, medio litro de helado a dos mil, tamales de arroz, pollo y cerdo, frutas y salpicón a punto de evaporarse en los calores de las tardes, legumbres variadas, toda una plaza de mercado rueda en carretillas de tracción humana.

Se oyen las voces de los cuidadores de carros, los radiotelefonos de los taxis que esperan su clientela, los buses que pasan sin precaución por las cebras peatonales, las protestas ciudadanas, los helicópteros que sobrevuelan el barrio mientras los carros y motos huyen en contravía cual guacamayas entre la pólvora de la alborada y los jóvenes van y vienen con sus consignas y sus pancartas despertando a los duendes del barrio. En tardes como estas una soprano con bufanda instala su amplificador e interpreta exquisitas arias, mientras el viento sigue colándose entre las cornisas, capiteles, arcos, molduras y columnas de la casa y golpea los vidrios de la ventana que desde hace ochenta años permanece muda, como si aquí no pasara nada. ☺



## ¡UNIVERSO CENTRO LE APRIETA TUERCA A AGENCIA NOTICIOSA!

APin, El diario de lo que no es noticia está informando de nuevo. Encuéntrenos en [Twitter](#), [Instagram](#) y [Facebook](#) como Agencia Pinocho. Somos la penúltima línea informativa.

## ¡SEÑORA ANTIMINGA NIEGA APELLIDO INDÍGENA!

Medellín (APin). Ayer en la tarde, durante una discusión virtual sobre la estadía de la minga en Medellín, la contadora pública Hilda Higueta, de 58 años, respondió airada a un sobrino que le recordó el origen indígena de su apellido.

“A mí que no me venga este muchachito a calumniar la familia, que nosotros somos de Medellín y como casi todos en Colombia somos descendientes de españoles, lo demás que digan son fei niús”, declaró doña Hilda todavía un poco molesta.

Salomé Vélez Higueta, sobrina de Hilda y testigo de los hechos, relató: “Mi tía estaba escribiendo cosas todas feas contra la minga y Camilín le dijo que no olvidara que el apellido de nosotros venía de comunidades ancestrales del occidente de Antioquia, ¡y se pegó qué enojada!”.

APin habló con Camilo Higueta, el sobrino afectado, quien afirmó que en su familia siempre han negado las raíces indígenas: “Yo les he demostrado que Colombia es el país con más Higuetas, lejos, los poquitos que hay afuera son inmigrantes colombianos pero eso les da rabia”, dijo.

Al cierre de este informe, doña Hilda mantenía su posición: “Que sea bajita y morena no quiere decir que sea india, hay españoles que también son así”, dijo la mujer, quien además aseguró haber visto alguna vez el escudo “real” de su apellido.

## ¡SE DESVÍA DE MARCHA PARA NO PASAR POR LA CASA DE LA MAMÁ!

Medellín (APin). Ayer, cuando la marcha en la que participaba se perfíló para pasar frente al edificio donde vive su mamá, en el barrio El Poblado de Medellín, la bajista Claudia Garcés se alejó de la multitud y tomó una ruta alterna.

“Venía tranquila pero cuando doblamos la esquina alcancé a ver a Jairo, el portero del edificio, y me asusté”, declaró Garcés. Según informó su amiga Ana Gallo, “Clau estaba sufriendo porque su mamá de pronto la veía desde el balcón. Esa señora es capaz de gritarle”, especuló.

APin conoció en exclusiva que Claudia se alcanzó a imaginar a su madre lanzando algún objeto contundente contra la marcha. “O una bolsa con orines, qué sé yo, ella no soporta la protesta, menos que le pase por la casa, no entiende que la gente se cansó de este gobierno”, dijo.

Mientras Claudia y Ana se escabullían y subían una cuadra más, este reportero registró visualmente el temido balcón en el piso siete, donde pudo constatar la presencia de dos señoras que oteaban el paso de los marchantes, una de ellas con binoculares y la otra de brazos cruzados.

“Debe ser mi tía Nora”, informó Garcés, quien minutos después encontró una llamada perdida de su mamá. “Estoy ensayando”, le contestó por WhatsApp. Sobre el miedo a ser divisada por su progenitora, la bajista dijo: “Ella sospecha que ando protestando pero mejor no confirmárselo”.



# Postales de calle

Fotografías de Juan Fernando Ospina



## Proyectar la voz

POR ESTEBAN DUPERLY

Un grupo de niñas detrás de una ventana que, aunque abierta, tiene barrotes —y todos sabemos a qué nos remite una ventana con barrotes— miran pasar la protesta. Tal vez quisieran estar afuera, con los marchistas; no se sabe. Aunque a juzgar por sus caras, que casi todas son de emoción, es muy probable que más que adentro preferirían estar entre el río de gente. Pero como no pueden, parece que se pusieron a arengar a la marcha, a apoyarla. Es que estar del lado de gente inconforme porque en su país siempre se carece de lo esencial, es algo que fluye natural. Como un instinto, digamos. Son de esas cosas que nadie le tiene que explicar a uno. “Hasta un niño podría hacerlo”, para usar el adagio popular.

Que las niñas apoyan la marcha, decía, y por eso se bajaron los tapabocas: para proyectar la voz y que

las oigan, porque afuera había mucho ruido: pasos de cientos, que suenan como agua crecida, y además voces, conversación, gritos, tambores, cornetas, más gritos.

Una marcha es para eso: para que se sienta. Lo otro sería el silencio, pero ese es otro nivel: se marcha en silencio cuando la rabia es tanta que ya ni da para gritar. Se hace silencio para confrontar al otro; nada tiene que ver no incomodarlo, como sugirieron hace días.

Gritaron las niñas, pues. Y luego, varias cuadras más adelante, en Castilla, una mujer quiso gritar lo que ellas habían gritado, más lo suyo; todo lo que tenía atorado en el pecho desde que la alumbraron al mundo, que en Colombia suele ser bastante. Pero la voz le salió sorda, por la sordina del tapabocas. En todo caso no importó, porque puso las manos en bocina para que se oyera mejor. El todo es hacerse oír. Proyectar la voz.

Entregarle un pequeño relato a la avalancha de imágenes del Paro Nacional. No intentar el análisis ni la denuncia sino solo unir dos imágenes y buscar una primera impresión que puede pensarse también como una comprensión íntima. Eso les pedimos a tres colaboradores de *Universo Centro*. Mirar, leer, pensar.



## El escudo de la ofensa

POR DANIEL PACHECO

Ambos tuvieron que *googlear*. Primero, “inmarcesible”: “Del lat. *inmarcesibilis*. 1. adj. Que no se puede marchitar”. Consultó con el escudo ya pintado. Qué chimba inmarcesible, pensó. Somos, somos, todos los parceros. Nadie nos puede marchitar. Primera línea papá, que se vengan esos tomboos hijueputas. Una gresca que no se acaba. Nunca. ACAB, hijueputas asesinos. Sigamos saliendo todos los días a jugar.

“ACAB”: “All cops are bastards: traducir español: todos los policías son bastards”. ¿Vieron esa maricada de ACAB?, le preguntó a los compañeros en la estación. Hombres bordeando los cuarenta, mal dormidos, mal pagados, mal entrenados. Los brazos ardidos de devolver piedra. Es una maricada gringa, les contó. Estos culicagados son raros hasta para insultar.

No fue una movida táctica espectacular. Ya los tenían retrocediendo, y al chino se le enredó el pantalón con el escudo y se fue al piso. Tiró el escudo y se le cayeron las gafas, pero alcanzó a escapar.

Pecho al aire y casco en alto por el botín recuperado. Gafas de sol en el bolsillo, y escudo para chicanear. Cuando se los llevó a los compañeros tomboos, varios sacaron el celular para buscar: inmarcesible.






## Estallido

POR JENNY GIRALDO GARCÍA

De un tiempo para acá no hay día en el que no piense en cuánto vale el huevo que estallo en la cacerola a la hora del desayuno. En una ficción absurda, un ministro de apellido Carrasquilla dijo —con risas de fondo, cortesía de su gentil entrevistadora— que una docena de huevos valía “1800 pesos o algo así”, por eso entre los mares de gente, algunas docenas de huevos también salieron a las calles a protestar.

El gentío que vemos como fuerza colectiva está hecho de individualidades, de pequeños gestos y símbolos que también hacen parte de la disputa. Ella (me doy la licencia de asumir que es una mujer) marcha con sus piernas y su cicla, y lleva ahí ese símbolo del estallido: la docena de huevos de 1800 pesos. Un detalle que se puede perder entre la multitud, de la misma manera en la que se puede perder la afirmación de Carrasquilla en la marea de declaraciones

de este gobierno que otras mayorías eligieron. Pero esta imagen no deja escapar una realidad compuesta por muchos vértices: es el hambre del pueblo, es la infamia de un gobierno que nunca ha tenido que fiar el diario en la tienda del barrio, es la rabia contenida. O es, sencillamente, esa forma de reírnos de esta Colombia agobiada, una caricatura, un meme que salió de las redes y se fue para las calles.

Y sí, hay declaraciones mucho más graves que las de un ministro que no sabe cuánto vale un huevo; pero en estas circunstancias los chistes oficiales son de un calibre que siempre ofenden. Hoy, como lo narra esta dupla de imágenes, la docena de huevos de 1800 representa la indignación colectiva, una indignación que entienden mucho más todas aquellas que tienen que hacer maromas para que la plata de la comida rinda. Esta indignación, como tantas cosas, también nace en las entrañas de la cocina. 

La música y la fiesta para amplificar voces, para cambiar el repertorio de la protesta, para sacar la ira de carnaval. Esa era la idea de quienes a comienzos del siglo XXI llevaron consignas, sonidos y banderas nuevas a las marchas. Ahora el punk podía acompañar a las siglas sindicales y los DJ ambientar la hoz y el martillo. El micrófono era para todos, no había voceros. Una evolución que marcó parte de la forma como se protesta hoy en el país.

## SOUND ANTISYSTEM

por JULIÁN QUINTERO • Fotografías de archivo

A finales del siglo XX en Bogotá personas pertenecientes a colectivos como El Carnaval de las Iras, Somos Sudakas y La Coordinadora Anarquista de Banderas Negras empezaban a encontrarse en movilizaciones sociales en las calles para protestar. Era la época de los diálogos de paz con la guerrilla de las Farc en el Caguán, el inicio del Plan Colombia, el atentado a la Torres Gemelas, la invasión de los Estados Unidos a Afganistán, el auge del paramilitarismo y la llegada de Álvaro Uribe a la presidencia de la república de Colombia. Con ese panorama la protesta era urgente y sin embargo, como dice Alix Lesmes, abogada y cofundadora del Centro Cultural Piso Tr3s, “había habido una masacre contra la UP y la gente tenía el derecho a tener pánico de protestar con Uribe allá arriba”.

Pero aparte del miedo, la movilización social era lenta, apagada, aburrida, tal como dice Juan David Ojeda, político del colectivo Somos Sudakas, “en ese momento las marchas se caracterizaban

por ser bloques de personas simulando marchas militares, los Guardias Rojos llevaban su propio tipo de orden cerrado batiendo las banderas, y así todas las fuerzas vivas de la izquierda de ese momento, el Partido Comunista, los sindicatos y los viejos de los movimientos de los sesenta y setenta. En ese momento de la historia los movimientos sociales no se caracterizaban por la diversidad ni la alegría: eran marchas monótonas, poco atractivas para el grueso de la ciudadanía, grises, opacas, sin luz”.

“Eran las marchas de sindicalistas diciendo: presente, presente, presente; viva, viva, viva; abajo, abajo, abajo. Era una crítica a los sindicatos que no lograba elevar la necesidad de hacerlo festivo, de llevar otros lenguajes a las gentes y que la tarima se utilizara de otra forma, con discursos que no cansaran a la población”, dice Leonardo Luna, de Somos Sudakas. Era un momento en el que las movilizaciones sociales del Primero de Mayo eran lideradas por las centrales obreras, la CUT, Fecode, la CGTD... más organizaciones de izquierda y la UP:

“Nosotros éramos jóvenes, autónomos y no queríamos ser tan verticales y tan aburridos con las mismas consignas, las mismas marchas con las banderas, con discursos de unos señores que no se han dado cuenta que estamos ahí”, dice Alix Lesmes. Se creó entonces una nueva forma de hacer protesta que hoy en día es la esencia de las calles. La fiesta, el arte, el carnaval y los sistemas de sonido.

Saca tu ira de carnaval, el momento de quiebre

El Carnaval de las Iras fue un colectivo juvenil que se nutrió de estudiantes de la Universidad Javeriana y la Universidad Nacional, además de jóvenes del colectivo Somos Sudakas, que existió entre el 2000 y el 2005 en medio del apogeo del modelo del paramilitarismo. El objetivo de El Carnaval de las Iras era cambiar los repertorios de la protesta, transformar la manera en que los

jóvenes participaban políticamente. La idea era proponer otro tipo de repertorios: “Sacar tu ira de carnaval’ era uno de los eslóganes”, dice Juan David Ojeda, “se quería que la movilización creciera e integrara a otros sectores, que dejara de ser excluyente: el carnaval por natura es insurrecto, cuestiona al poder, se burla del poder, lo increpa, lo iguala, focaliza la contradicción y se burla de ella en su cara. Es reivindicación y catarsis, es felicidad y lucha. Al payaso no se le pega, a la danza no se le gasea, al cantautor no se le asesina, y cuando esto pasa es cuando se desenmascara el poder, cuando le vemos sus dientes sangrantes, es cuando reconocemos al monstruo en su real rostro: nuestras diferencias son insignificantes frente al monstruo”.

Bajo estas premisas nació El Carnaval de las Iras en Bogotá y empezó a materializarse la fusión entre protesta, política y música. Poco a poco el sistema de sonido se convirtió en el elemento convocante y cohesionador. “Fue ahí que nos conectamos con gente de la Nacional y vimos la invasión que se venía







Sónico en Renova - Akash, Street Parade Bogotá, Septimazo climático.



Sónico 6 en Resistencia Sonora. Pre elecciones presidenciales, 2018.

contra Afganistán, año 2001, y entonces queríamos ir a hacer un plantón al frente de la embajada norteamericana y pues ahí reunidos y pensando qué hacer, decidimos ir en carnaval, porque pensábamos que la cosa estaba tan caliente que nos iban a gasear y a darnos bolillo, pero que si se les sentaba un *performance*, un payaso, pues era más difícil cascarlo a un payazo. El primer carnaval que hicimos fue el 2 de diciembre del año 2001. Lo hicimos por la ciclovia, eso fue increíble. No salió como lo esperábamos”, cuenta Alirio Duque politólogo de Somos Sudakas.

Pero la cosa iba más allá de la música, las consignas y la fiesta, como explica Rocío Claros del mismo partido Somos Sudakas, la estrategia tenía ciencia social, teoría, concepto y metodología: “Era una estrategia desde lo simbólico, desde el arte, desde la

música, lo creativo, para convocar a más jóvenes a esos espacios, un trabajo entre iguales, entre pares, un proceso de formación en la calle. No se reducía solo a la consigna acartonada, sino también en ponerle un poco más de contenido a esa forma de protesta que se venía haciendo, no es la única, pero entra a complementar y reformar, es la forma como muchos sentían que construía empatía con aquellos que no tenían mucho atractivo sobre otros espacios que se venían dando en la protesta. Poner el cuerpo de otra forma en la calle. Me acuerdo que en uno de esos todos íbamos vestidos de Esmad, la sátira a través de la imagen. Algunos lo verán como un poco posmoderno, pero en medio de la crisis, el arte y la creatividad son un lenguaje del que hay que apropiarse y también como herramienta de formación, de educación, de comunicación popular”.

Somos Sudakas llegó a tener un programa de radio en lo que hasta el momento se llamó la Radio Difusora Nacional de Colombia (hoy RTVC). El programa de radio usaba las diferentes expresiones musicales para denunciar lo que estaba sucediendo, las fiestas Sudakas no solo eran para recolectar fondos o para el divertimento. Lo más significativo era el pensamiento de resistencia y de pensarse un espacio distinto para la existencia de la vida y de la música. La música de resistencia, de problemáticas, la idea de que la resistencia también puede ser de manera alegre. La digna rabia desde una práctica de lo sonoro empezó a jugar un lugar muy importante, los géneros marginales, el rap, el punk, incluso la cumbia.

Después de El Carnaval de las Iras y el protagonismo de Somos Sudakas, hacia el año 2005, empezó a consolidarse

en el centro de Bogotá, la calle 32 con 13, un centro cultural al mejor estilo ocupa europeo, pero con una identidad de resistencia latina muy clara, los grafitis, la solidaridad, el *underground*, la conciencia política, la diversidad eran el telón de fondo que convocaba; allí quedaban el Centro Cultural Piso Tr3s y el Salmón Cultural. Fue así como esa aparición esporádica y efímera del arte en la manifestación social empezó a tener un punto de reunión, planeación y expresión. “Cuando abrimos Piso Tr3s no teníamos un peso para mantener el proyecto, además no queríamos que estuviera subvencionado por papá Estado, ni por la *corporative* y pensamos en un mercado nuestro, que no tuviera la pretensión de la ganancia sino de la unión, de la discusión y reflexión política musical y entonces ahí fue que decidimos llevar un *sound system* a la marcha del Primero de Mayo y cada Primero de Mayo nos uníamos, así fuera un carrito chiquito como de Fulana de Trax. Y eso cambió y convocó de otra manera, convocó a otras personas a politizarse”.

Mirando ese momento desde hoy es posible ver una crítica a las formas y los monopolios de la protesta. Leonardo Luna, de Somos Sudakas, lo deja claro: “... que el camión entrara lleno de sonido a la Plaza de Bolívar rompía con ese esquema y era un mensaje claro a los sindicalistas que aun hoy hegemonizan el paro y hegemonizan las formas de representación”.

Pero las cosas comenzaron a calentarse: “En octubre del 2004 mientras Enrique Urrea, presidente de Acotv, moría en la clínica por una cirugía ambulatoria por una apendicitis, el Esmad se tomaba Inravisión. Desde entonces ni los trabajadores, ni los del sindicato, ni nosotros pudimos regresar a la emisora hasta que liquidaron la empresa estatal y formaron Radio Televisión de Colombia. De esta manera acabaron con el sindicato de Inravisión y todos sus programas afiliados, entre los que se encontraba: *Lecturas Obligadas* en el AM y *Somos Sudakas* en la FM”, cuenta Alirio Duque de Somos Sudakas. Años después allanaron el Salmón Cultural, donde también quedaba el Piso Tr3s, pues las autoridades suponían que allí funcionaba un grupo de milicias de las Farc pero lo único que encontraron fue baterías, pinturas, guitarras. El día del allanamiento, dice Alirio, “había un plantón en la embajada de Israel y todo mundo se fue para la 32 con 13, era la primera vez que yo veía que en medio de un allanamiento había un movimiento afuera, había agitación (...) Ahí fue cuando empezamos nuestra resistencia, el cambio, la transformación social, un despertar de conciencias, la lucha por las mentes y los corazones”.

Otro duro golpe fue el asesinato por parte del Esmad de Nicolás Neira el 1 de mayo de 2005. Estuve en la reunión preparatoria de esa marcha, llena de alegría y emoción... Sin embargo, después de la muerte de Nicolás, las cosas nunca volvieron a ser iguales y él se convirtió, hasta el presente, en un símbolo de la lucha contra los abusos del Esmad.

## El *sound system*, el *rave*, la música y la política

Hay dos tipos de sistemas de sonidos, por un lado, están los de construcción artesanal y que responden a una dinámica colectiva de proceso barrial, aquellos que de alguna manera son únicos, como los picós de la Costa Caribe colombiana; por el otro lado, existen los sistemas de sonido de fabricación industrial y que responden a marcas que han perfeccionado su técnica para tener una amplificación casi perfecta.



Sónico 5 en Resistencia Sonora. Pre elecciones presidenciales, 2018.

Según Ricardo Vega de El Gran Latido, uno de los principales constructores de sistemas de sonido de fabricación artesanal en Colombia, podría decirse que la historia resumida de este tipo sonidos es la de “la reencarnación del tambor africano, ese elemento que nace en Jamaica más o menos al final de la primera mitad del siglo pasado y nace como la emisora del barrio; en esa época supercolonial, en la emisora ponían la música de los colonizadores, en este caso Inglaterra, y pues la gente no podía ir a conciertos, no escuchaba su música, no vivía su cultura, entonces nacen estos aparatos, en tiendas grandes y ahí vendían sus empanadas, sus cervezas. El que tuviera la música más exclusiva, pero era la música del barrio, se reunían y ahí hablaban de los problemas de la comunidad, del barrio, de los problemas reales, de la calle, de ese tipo de cosas. Siempre ha sido una cosa muy de barrio”. Generaciones posteriores llevaron estos sistemas a Inglaterra lo que ayudó a su desarrollo tecnológico y a ampliar el repertorio musical.

Para Luis Vargas AK Sonico, uno de los DJ de música electrónica más reconocidos en Colombia, el *rave* viene desde inicios de los noventa en Londres, donde fueron fuertemente reprimidos, y emigraron a Francia donde se desarrolló la cultura *sound system* artesanal y se empezaron a diseñar camiones con sonido en todos los países de Europa: “La ideología de la cultura *rave*, *free party*, *sound system* es una propuesta de entretenimiento alternativo que refleja la inconformidad con las reglas establecidas, que normalmente está al margen de la ley, que es ilegal y que provee cierta libertad, lejos de otros medios de entretenimiento masivo tradicional”.

Para Alix Lesmes, la combinación del *sound system* y la movilización social viene de la experiencia europea de las *raves* en los años noventa, un momento en el que los jóvenes en Europa no accedían a puestos de trabajo ni al cobijo del derecho laboral que tuvieron sus padres. En cambio recibían del Estado un cheque mensual que los volvía dependientes, sin ninguna capacidad de ascenso social y los dejaba afuera de la sociedad. Ahí nació una comunidad que se encuentra a través de la música y la tecnología, la música más allá del instrumento analógico clásico, el violín, el tambor o el piano, y va más hacia la máquina. Esa nueva música electrónica creó un movimiento de *frikis* que empezaron a construir grandes sistemas de sonido para hacer *techno*, *drum and bass*, *electro*, *dub* y *jungle* y muchas otras corrientes de música electrónica.

Cada *crew* empezó a crear su propia corriente dependiendo de su intencionalidad y del bajo de su música, estos *ravers* ilegales crearon un movimiento increíble conectado con *massive attack* y *glastonbury*, en Inglaterra y con otros movimientos. En los *raves* no se cobraba la entrada, se vendía la cerveza barata,

se cuidaba al otro y también se consumieron muchas drogas. Todo ese disfrute de la *party* se volvió tan masivo que fue prohibido, lo volvieron ilegal y mucho de eso llegó a Colombia a través de franceses que lo trajeron y se quedaron; colombianos que fueron a París y volvieron, hubo intercambio de tornas y de vinilos, eso creó una serie de fiestas gratis en Bogotá que eran las *ultrabass* y *mutaxión*, y cientos de colectivos que crearon el festival Bogotrax donde muchos confluyeron. Allí todo se fue materializando.

Fernando Laguna es músico, él fue uno de los que sacó el concierto de punk sobre una camabaja el 19 de mayo de 2021 en el Portal Resistencia en Bogotá. “Tenía dos bandas de rock cuando esto empezó y tenía una sala de ensayos en el Piso Tr3s, salíamos los primeros de mayo con el *sound system* a tocar con Skartel y Fundamental. Los Primeros de Mayo, salíamos a marchar y siempre sacábamos un camión, era cualquier camión, una camabaja, un platón y nosotros dábamos dinero para pagar eso, la planta de sonido, eso era muy costoso hace veinte años, los parches eran muy pequeños, no se contaba con esas facilidades como ahora”.

## Y qué le aporta un sistema de sonido a la movilización social

Sónico dice que “los *sound system* en las protestas han servido para muchas cosas, por un lado, han sido el pegamento, el elemento unificador entre la juventud y las causas, porque a veces las causas están ahí pero no hay atención, no hay interés de parte de ese sector de la población. Por otro lado, han servido para la convocatoria, para que cada vez más personas y más jóvenes se interesaran en esas causas sociales. Luego está el tema de la inclusión, porque alrededor de los *sound system* el género no importa, tu posición social tampoco, más allá de cómo te vistes, de tu estrato, de qué genero e incluso de tu pensamiento político puedes estar allí. Y por último, el *sound system* es un ente informador, va acompañado de perifoneos, de discursos en micrófono, de panfletos informativos, ese carácter informativo es lo más importante que acompaña las marchas”.

Fernando Laguna habla del paro actual como una mezcla de oportunidad y necesidad de encuentro: “Es bastante emocionante que la gente pueda tocar, ya que hace año y medio no se puede hacer nada, no hay conciertos y llena de emoción que las bandas toquen y ver a los pelados que canten, que vomiten todo su odio ante la represión que hemos tenido, ellos ahora son mucho más parados y pues con los *sound system* la gente se emociona...”. Sobre el papel del *sound system* Sónico remata: “La lírica musical participativa, el

micrófono abierto para los líderes y todo para visibilizar el problema y generar conciencia en la juventud, criterios de inclusión, cooperación, habrá gente que no entenderá y dirá que salimos de fiesta y ya. Es congregar para informar y transmitir un mensaje, lo hacemos a través de la música y el baile”.

## Solo farra y drogas

Este artículo nació como respuesta a la crítica creciente sobre el papel de los sistemas de sonido en las movilizaciones sociales. Personas muy jóvenes y sin contexto del proceso señalan ligeramente que el *sound system* es un distractor de la marcha, foco de fiesta y consumo de alcohol y otras drogas. Creo que veinte años de movilizaciones bien sonadas demuestran que el arte y la música del *sound system* fue determinante en lo que vemos hoy en las calles, y que marcó un antes y un después desde su aparición por allá en el año 2001.

Hoy en día el *sound system* es el ADN de la movilización social en Colombia, sacó a muchos jóvenes del desinterés y los salvó de la monotonía de la movilización social sindicalizada de los noventas; pero también entregó opciones y miradas políticas diversas, armó luchas simbólicas, peleó y pogueó buscando cambios y adrenalina. Sobre la crítica a la fiesta, las drogas y el alcohol dice Ricardo Vega: “No se puede generalizar, cada sistema lo hace de manera diferente, si un sistema monta una fiesta, no dice nada y hace una fiesta, tienen toda la razón en la crítica. Si por el contrario abre el micrófono, genera cuestionamiento, abre espacios para que todas las comunidades que hacen parte de la marcha se manifiesten, hace pausas para escuchar las arengas. No es el *sound system*, es la música, la banda, el MC, quién lo lleva, quién lo hace, si está bien utilizado o si lo hace solo para el entretenimiento. Hay que ser muy responsable con el uso del arte”.

Para Sónico la diferencia la marca simplemente una forma de asumirlo: “El factor de distracción siempre está presente en todas las congregaciones, en las campañas políticas, las reuniones familiares, juntas de negocios, fechas especiales, en últimas cómo se vive la acción es un tema personal y de actitud, como el que va a la reunión del cumpleaños de la abuela a emborracharse y cagarla, es algo que está presente en todos gremios, y la crítica viene de los mismos que les importa más que tumben una estatua a que asesinen a los líderes sociales...”.

En últimas, es importante que las nuevas generaciones no desconozcan el proceso que hoy los tiene marchando en las calles llenos de alegría, música, baile, arte y consignas que tumban ministros, derrotan leyes, retroceden policías y están cambiando la rumba y el rumbo de las calles. ©



# Ahí vamos, como la espuma del mar

por CAMILO MOLINA  
Ilustración de Manuel Celis-Vivas



*“He visto que las cosas cuando buscan su curso encuentran su vacío”.*  
Federico García Lorca

Durante todo el 2020 abordé el sufrimiento de los demás como si se tratara del contenido de una película, algo ajeno, incluso lejano, y lo hice prescindiendo del sentimiento de culpa, sin dolor a la vista y sin las altas emociones de los momentos críticos. Sin embargo, a nivel mundial, la pandemia se ha construido bajo una realidad superior a la imaginación de los mejores y de los peores guionistas, aunque un poco más de la mano de los segundos que de los primeros. Como si estuviera marcando los meses en un calendario, el virus decidió picar en enero y, a partir de ahí, se elevó por ciudades y regiones, países y continentes, hasta convertirse en un inédito zafarrancho de carácter planetario. La curiosidad simpática de una noticia en China evolucionó hasta el penoso conteo de nuestros propios muertos, mis muertos, mi muerte, la que murió el pasado 25 de noviembre; ahora pienso en ella, en Leonila, y me parece que ni siquiera se enteró del asunto, porque en su cuerpo el ataque dañó con la furia de un nocaut.

La covid atacó en mi familia por turnos, como si pensara, con la delicadeza de la compasión, como si hubiera actuado con la palma de la mano sobre mi hombro, mirando desde lo alto, dando un par de golpecitos, avisando con una voz dulce y, al mismo tiempo, siniestra, “no te las voy a mandar todas juntas”, y ahora mismo le agradezco, pero es este un agradecimiento amargo, con la buena voluntad de las desgracias con suerte. La pandemia nos obsequió el tiempo suficiente para que unos pudiéramos cuidar de los otros, así que cuando mis padres cayeron en cama, yo, contagiado en abril de 2020 y aún positivo para anticuerpos, pude cuidarlos sin el miedo a caer de nuevo. En cuestión de horas, el simple achaque del malestar se quedó atrás para darle paso a un agotamiento estridente, a la completa ausencia de energía, al castigo en las coyunturas; de “un poco de dolor de cabeza” a un “ni siquiera me puedo mover”; de “al menos nos pasa la comida”, al “todo me da ganas de vomitar”. ¡Ay!, cuando los podía mover,

jay! cuando no podía. En uno y en otro el virus comenzó a evolucionar con un capricho distinto. Mientras mi madre se quejaba de los dolores y la falta de apetito, mi padre comenzaba a protestar por la densidad del aire. Para ella la dieta, para él oxígeno en pipeta; para ella me quedaba una angustia sin incertidumbre; para él, con unos días mejor que otros, quedaban la duda y los nervios.

La mañana del 10 de noviembre de 2020 no quedó otro camino que pedir una ambulancia para mi padre, la lucidez se dispersó, la respiración se convirtió en un esfuerzo mayor y, con las manos cada vez más frías, pasamos de la posibilidad a la urgencia, y así, con el vigor deformado en pasos cortos, tan cortos que se arrastraron, con los ojos empujados, seguramente porque no tenían ganas de ver, o porque el cuerpo entiende mucho más de lo que podemos percibir, y a su cuerpo le apetecía depositar más ganas en el respirar que en el observar, él se fue de la casa expeliendo calma, por supuesto que es la tranquilidad fingida de los padres hacia los hijos, como si nosotros no conociéramos desde hace tiempo ese teatro del cariño. Detrás, justo detrás se quedó mi madre, medio despierta, medio dormida, de pie, aguantando, pero sin aguantar mucho, porque la derribó un desmayo lento, tan lento que la pude soportar en mis brazos, tan lento que fui capaz de quedarme en el suelo con ella en mi regazo, como si fuera ella la hija y yo el padre, y cuando sus ojos se pusieron en blanco y su lengua se asomó esponjosa a través de sus labios, el patatús comenzó a parecerse a la muerte y, en esa muerte, no apareció en mi un dolor súbito, sino un enigma, la duda que surge de nuestra resistencia para aceptar el final; después de un par de minutos, los ojos volvieron a ocupar el centro de su mar de blanco, la lengua se templó para regresar a su lugar, oculta como debe ser, y fuimos juntos hasta su cama, en la que, por primera vez en 43 años, no estaba su esposo.

## Delirium hospitalario

—Ya estoy listo para salir.

—Salir de dónde, son las tres de la mañana.

—Pues ya podés venir por mí.

—No puedo, son las tres de la mañana.

—Pero ya todos se están yendo.

—Dame algunas horas y voy, es que son las tres de la mañana.

En el principio y en el final de cada noche, mi padre llamaba angustiado desde una habitación de hospital pero, por supuesto, su voz no era la de un hombre fuerte ni en el camino de la recuperación; si en su cabeza estaba la idea, en su boca no alcanzaban a formarse el conjunto esperado de palabras, así que lo que llegaba desde un lado del teléfono de este lado debía tejerse para implicar una cordura que no lo subestimara, ni lo tratara como a cualquier loco.

—Agarrá un papel y un lápiz, esto es urgente.

—Ya estoy, decime, decime.

A través de la persiana se percibía una noche débil, así que no hacía falta ver la hora para saber que pronto amanecería. Copié sugerencias absurdas sin pensarlo, con la dejadez moral de un soldado frente a una orden marcial. No vale la pena detallarlo, es irrelevante y sería una falta de respeto pero, de repente, la covid pasó a un segundo plano y ahora una neumonía no parecía tan grave como un desbarajuste mental, ¿lo prefería con sus pulmones limpios o lo prefería cuerdo? Y ese mismo día, confundido y sin parar de hablar, aun respirando con soporte de oxígeno, se presionó el alta médica. En este momento, un mes después, nos entretenemos con su memoria vívida acerca de las fantasías hospitalarias; como el hombre que estuvo a su lado con palpaciones tan fuertes y ruidosas como el choque de una puerta al cerrarse, él dice que “la puerta se cerraba y se volvía a abrir para cerrarse de nuevo, y de nuevo y otra vez”, pero nunca existió ese hombre de al lado; como las mujeres en batas antiguas que cruzaban por el pasillo, cuando en realidad no tenía ningún ángulo que le permitiera observarlo; como las promesas frecuentes que escuchaba de enfermeros y médicos para salir de allí, cuando en realidad nadie le mencionó el tema ni siquiera una vez. Al día siguiente fue Leonila, ella, mi tía, la que debió ser ingresada, pero en esta ocasión no fue posible recibir la calidez de una llamada absurda durante la madrugada, su voz, no volver a escuchar su voz arrugada y alegre, porque en la Unidad de Cuidados Intensivos impera el silencio de la sedación.

Con esto de los muertos, los enfermos y los recuperados, no es una cuestión de números, no, porque los símbolos son canallas; pero en un mundo escaso de tiempo no queda más remedio que ocultar los detalles y deshumanizar, lanzando cuerpos a un costado como si fueran colchones viejos. El 25 de enero de 2020 el periódico estadounidense *The New York Times* incluía por primera vez en un titular la palabra “miedo”, en referencia a la covid-19. Meses después, ese miedo ha desaparecido y no ha quedado más que un asombro desproporcionado, junto con un renovado temor, el del acostumbramiento. Cuesta tomarse las cosas en serio con la gente —por supuesto que puedo generalizar, nunca fue tan seguro hacerlo— cuando ni siquiera un millón setecientos mil cadáveres incinerados, son cifra suficiente para hacernos temblar y meternos bajo las cobijas, con el mismo terror infantil de que un monstruo salga del armario para comernos. Una ola, dos olas, tres olas y, ahora mismo, la estadística nos indica que como sociedad, la lucidez no es una fuerza colectiva, sino individual, individual de pocos individuos, entre los que probablemente y con dolor no me puedo incluir.

## ¿Qué hace la tía?

Con sus cenizas en el asiento junto al mío, comencé un interrogatorio en el cual, no era nadie más, sino yo mismo, quien obtendría las respuestas. Esa manera de hacerse preguntas y de continuar haciendo la vida como si nada pasara, cuando en realidad ha sucedido todo, incluso la muerte; esa manera de continuar conversando con los demás, sonriendo frente a los chistes desafortunados o fuera de lugar, o de firmar un documento para la salida del cuerpo, otro para el ingreso a las llamas potentes de la cremación y uno más del recibido a satisfacción; esa manera de tomar café durante un velorio al que la mayoría prefirió no asistir por el miedo a ese virus pavoroso. Es así

cuando se ha superado el estadio de las esperanzas y, de un problema semejante, no queda sino una caja con polvo y alguna que otra astilla de hueso.

Preferimos dejar la caja junto a un altar de la Virgen para que ella pudiera seguir contándole las intimidades que solía contarle en vida. En ese tiempo —me refiero a cuando gozaba de la vida— en las muchas ocasiones en que permanecía en silencio, se le veía con el movimiento constante de labios de quien habla pero no produce ningún sonido. “¿Qué hace la tía?”, le pregunté un par de veces hasta comprender que no estaba bien esa mala educación de interrumpir conversaciones ajenas; ha de tener la Virgen un potente oído que percibe más que nada los pensamientos y sin duda los remordimientos, dicen que es en el dolor de las culpas en lo que más versada es. “¿Qué hace la tía?”, le pregunté por última vez ya siendo cenizas, pero la respuesta fue el mismo silencio, como también mi recriminación por andar irrumpiendo donde no debo.

Si no la llevamos antes al hospital fue porque su rostro continuaba con su color caramelo intacto y sus ojos miraban firmes a pesar de los párpados descolgados por la edad; su voz permanecía sazónada y sonriente, de repente, una mañana despertó ahogada, con la respiración agitada, corta, esforzada; su mandíbula se leía como una línea alrededor de su rostro, desencajada como si tuviera un espasmo; de repente, la mujer que fue al acostarse, desapareció durante la noche, atacada por los síntomas del virus, devorada con la perniciosa velocidad de un veneno; quizás yo no lo recuerde muy bien, pero era como si toda emoción hubiera abandonado sus ojos y ni siquiera mi presencia, que siempre la ponía en el mundo, fue suficiente para ararla de vuelta. Consuelo, su hermana, estaba pasmada a un costado, tan catatónica como la enferma, pero al menos se pasaba las manos por encima de la cabeza, con la fuerza de la angustia, desde la frente hasta la nuca, ese movimiento que deja

al cabello de la gente o en el orden correcto o en un berenjenal insano, pero en ese momento teníamos todos el suficiente embelesamiento como para no preocuparnos por la estética.

“Pero no necesito dos ambulancias, solo una, solo una”, le repetía a la mujer del otro lado en el número de emergencias, pero ella aseguraba y volvía a asegurarse y después de cerciorarse, aseguraba de nuevo que no había ambulancias disponibles al interior de la ciudad. Después de gritar, de apretar, de calmarme y de rogar, por fin apareció la ambulancia a una hora del lugar, y eso era lo más rápido posible en ese momento; solo mirar a la tía sofocada y con la mirada vacía, torturaba; sofocada como si recién hubiera escalado doce pisos, vacía como si ya la hubiéramos perdido aunque siguiera respirando, la imagen producía un dolor tan fuerte, como el de un meñique del pie hecho trizas contra una esquina de la cama. La última señal que recuerdo de su voz se trató de un quejido, un dolor porque su cuerpo desmadejado estaba siendo levantado a cuatro brazos por los enfermeros y así, también encapsulada como mi padre una semana atrás, ella, la tía, Leonila, se fue. Una semana después, un paro cardiorrespiratorio, que derivó de un problema en su corazón, que derivó de un problema en los pulmones, que derivó de la covid, la fulminó.

La distancia usual con los desastres del mundo desapareció con los eventos de los últimos meses. Nos quedan las cenizas y nos quedan las historias. Ha pasado más de un año completo del inicio de la pandemia, y aquello que parecía una línea se completará como un círculo, porque es probable que estemos frente al comienzo del final. ¿Alguna lección?, ¡Bah!, los seres humanos no estamos para lecciones, ni llamados de atención; no estamos para pensar en el futuro, ni para conquistar el pasado; no somos más listos que una jauría de lobos, ni más torpes que un simio cacharreando un celular; simplemente nos dejamos llevar como la espuma del mar, vuelta y sin lugar en el mundo. ©

## El reto de sanear las cuencas de Medellín

epm®

**Las cuencas y quebradas son lugares de encuentro y socialización, pero con su crecimiento, el Valle de Aburrá también les ha dado la espalda. ¿Es posible recuperarlas?**

¿Sabe a dónde va el agua que utiliza en su hogar después de que se va por el grifo? Aunque mucha gente todavía piensa que va directamente a las quebradas o al río Medellín, lo cierto es que existe una red de alcantarillado que lleva muchos de estos vertimientos a plantas de tratamiento antes de ser descargados. Sin embargo, es cierto que todavía en el Valle de Aburrá hay barrios completos en los que las aguas residuales se depositan en cuerpos de agua.

Eliana Melina Ochoa es la presidenta de la Junta de Acción Comunal del barrio Nueva Villa La Guaná. Cuenta que hace unos años, el estado de la quebrada La Guaná, que pasa junto al barrio, era “deplorable”. “Para nadie es un secreto que nuestros alcantarillados depositaban en estas cuencas. En temporadas bajas de lluvias, se creaba una playa en el costado izquierdo, los excrementos quedaban expuestos y los olores eran muy horribles”, cuenta la líder comunitaria.

Desde 2017, EPM interviene el sector a través del proyecto de saneamiento para las cuencas de La Guaná y La García, que se enmarca en el Plan de Manejo de Vertimientos del Área Metropolitana del Valle de Aburrá. Así lo cuenta Diego Alejandro Guisao, profesional líder del proyecto, quien explica que el principal objetivo es sanear las cuencas conectando los barrios a la red de alcantarillado administrada por EPM y reponiendo, modernizando y optimizando las redes de acueducto y alcantarillado.

Este mismo concepto fue aplicado en un proyecto ya finalizado en cuencas en San Antonio de Prado, Popular, Picacho y Asomadara, en Medellín, así como en las cuencas La García y El Hato, en Bello. Para el caso de La Guaná-La García, Guisao dice que la intervención va entre un 50 y 60 por ciento de avance y que su ejecución se proyecta para ser terminada en 2023.

Guisao también explica que este es un proyecto que aporta al saneamiento, pero no es suficiente, pues no llega a controlar otros residuos. Al respecto, Eliana cuenta que como comunidad todavía falta mayor conciencia para no depositar residuos sólidos en la quebrada ni en



Quebrada La Guaná. Foto: EPM

sus riberas. “Muchos somos conscientes, pero otros no lo dimensionan”, dice.

Y es que Medellín y los municipios aledaños son una gran red de cuerpos de agua atravesada por el río Aburrá Medellín. Si existiera la posibilidad de regresar en el tiempo y tomar una foto aérea, el panorama sería el de un valle extenso demarcado por su río y sus quebradas. Con los años, muchas de ellas se convirtieron en referentes de algunas zonas, concentraron actividad social, comercial y comunitaria, pero a otras la ciudad les dio la espalda y, de paso, las convirtió en cloacas.

Eliana Ochoa resalta que no se trata solamente de un asunto estético, sino de la relación de la comunidad con el medio ambiente, que pasa por la salud de los habitantes de las cuencas, pero también por su seguridad. “El

proyecto nos mejoró la calidad de vida. No solo eran las aguas negras, los ateneos estaban comidos y las filtraciones y humedades eran grandes”, señala. Para el líder del proyecto, ese también es un impacto positivo: el propósito también es prevenir riesgos como las inundaciones, los hundimientos en las vías y, en general, el colapso de la infraestructura.

Las intervenciones de cuencas que viene adelantando EPM se extienden por todo el Valle de Aburrá, que es en sí mismo la gran cuenca del río Medellín. Por eso, proyectos similares se desarrollan en Girardota, Copacabana, Bello, otras zonas de Medellín, Caldas e Itagüí. Guisao señala que “todas las cuencas son importantes” pues, en últimas, sanearlas es contribuir a que el río Medellín también esté más limpio.





"[Avisos de cine]". Por Francisco Mejía. Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto.

## Parábola del buen banquero revolucionario

*Ahí* donde lo ven, este hombrecillo de lentes redondos, cabello bien cortado y puño al aire ya había hecho una "revolución" en Colombia, y seguía vivo. Tanto, que en ese momento, 1942, aspiraba a su segundo periodo presidencial, después de cuatro años de "pausa". Su posible regreso al poder —promocionado entre otras cosas con anuncios en los cines, como este— prometía ser la continuación de la "Revolución en marcha": su atrevido programa de gobierno, ejecutado entre 1934 y 1938, en medio de una oposición virulenta, y que había constituido el segundo gobierno liberal en línea después de los 44 años continuos de la "Hegemonía Conservadora" iniciada en 1886.

Se llamaba Alfonso López Pumarejo, y desde entonces se disputa el título de "mejor presidente de la historia", entre historiadores y colombianólogos, rivalizando únicamente con otros liberales como Alberto Lleras Camargo y Carlos Lleras Restrepo.

Su éxito —y la fuente de todas las animadversiones que cosechó— se debe a que impulsó —y hasta cierto punto logró— reformas en casi todos

los asuntos que desde siempre han sido motivo de las más violentas disputas en Colombia.

Entre ellos, la tenencia de la tierra, con una reforma agraria que legalizó predios invadidos por campesinos y colonos en varios departamentos. Los impuestos a los más ricos, con una reforma tributaria que tocó sin timidez, y con grandes réditos para las arcas públicas, a empresas como la petrolera Tropical Oil Company. El poder de la Iglesia, con una reforma constitucional que le devolvió al Estado el monopolio de la educación pública. Y la reivindicación de los trabajadores, con una reforma laboral que consagró el "derecho a la huelga" y duplicó así el número de sindicatos. Más que suficiente para haberse convertido en el demonio para los conservadores de aquellos días.

"Entre la cautela y la audacia", definió él mismo sus reformas, inspiradas también por la obra de otros presidentes que intentaban amortiguar las crecientes desigualdades producidas por la industrialización en el continente. Como Roosevelt en Estados Unidos, con su "New Deal", o como Lázaro Cárdenas en México, el

antiguo general de la Revolución, que impulsaba transformaciones abiertamente socialistas. A su manera, López Pumarejo intentó poner en práctica la idea de que "los derechos de propiedad deben ser limitados por los derechos y obligaciones sociales".

"El deber del hombre de Estado es efectuar por medios pacíficos y constitucionales todo lo que haría una revolución por medios violentos", fue una de sus frases más célebres. Y, en efecto, hizo lo que estuvo a su alcance por integrar a "esa vasta clase económica miserable que no lee, que no escribe, que no se viste, que no se calza, que apenas come y que permanece al margen de la vida nacional", según sus propias palabras.

Su hijo y tocayo, el también presidente Alfonso López Michelsen, lo describiría más tarde como un "burgués progresista".

Y ahí está lo singular de su figura: que no fue un "hijo del pueblo", o un hombre hecho a pulso que reivindicó a "los suyos": era el hijo aventajado de un exportador de café asentado en Honda, que se enriqueció hasta el punto de haber creado su propio banco. Un integrante de la élite

nacional que, formado en las ideas económicas en Inglaterra y Estados Unidos, conoció la riqueza desde adentro. Pero que desde su infancia, al borde del río Magdalena, trató con comerciantes, agricultores y campesinos, y se terminaría convirtiendo en una especie de economista cosmopolita con un pie en la provincia.

Su primer periodo de gobierno, en el que se apoyó sobre todo en un equipo de jóvenes liberales progresistas, ha sido llamado "el más transformador de la historia", por académicos como Álvaro Tirado Mejía. Y otros como Jorge Orlando Melo le reconocen "haber hecho que Colombia se enfrentara por primera vez a sus problemas sociales".

Pero para terminar el cuento, sí: logró elegirse presidente por segunda vez, para el periodo 1942-1946, aunque ya su vigor reformista se había amilanado. Tanto, que el ala del partido liberal liderada por Jorge Eliécer Gaitán lo acusaba de haber refrenado las reformas sociales en favor de los "oligarcas". Y sin embargo los conservadores, al son de los rugidos de Laureano Gómez, lo acusaban de "comunista" desde la campaña presidencial y habían anunciado hacer lo que fuera necesario para impedir que llegara al poder.

Y aunque tarde, cumplieron: aprovechando un escándalo financiero que involucró a su hijo Alfonso, y otras varias acusaciones, lograron que por fin algunos mandos militares confabularan contra él. Y en medio de una visita oficial a Pasto lo retuvieron por dos días, intentando un golpe de Estado que no consiguió directamente su objetivo pero que sí agrietó su voluntad.

"Nada que quebrante intereses creados y privilegios sostenidos en cualquier género de actividad deja de provocar la resistencia de los privilegiados o la amarga decepción de los influyentes de ayer", había escrito años atrás. Y sí que lo pudo comprobar.

Desanimado y azarado, el "banquero revolucionario" terminó renunciando a su mandato a mitad de camino. Pero así salvó su vida —moriría de viejo, a diferencia de Gaitán, al que ni siquiera dejaron acercarse a la Casa de Nariño— y de todas maneras dejó una huella que aún sigue intentando alumbrar el largo y culebrero camino de esto que insistimos en llamar Colombia.



Universo Centro invierte en el poder de las historias y el arte: literatura, periodismo, ilustración, fotografía.

Invierte tú también y suscríbete: recibe el periódico en tu casa, obtén beneficios y **#RetaLoQuePiensas**.

CUALQUIER COSA, MENOS QUIETOS

UC PARA DONAR ☎ 324 210 08 91

PARA APOYAR A UNIVERSO CENTRO INGRESA A [TIENDA.UNIVERSOCENTRO.COM](https://www.tienda.universocentro.com)

universo centro



## Formato piel

El trabajo de Luis Miguel Hinestroza

Por Ana María Huberman

Hace doce años Luis Miguel empezó haciendo tatuajes en el apartamento de sus padres y a los pocos meses tuvo que alquilar un cuarto útil en el sótano del edificio. Antes del boom de las redes sociales y con apenas un año de experiencia, la agenda de Luis estaba sin ningún espacio en blanco; y sin que se cumplieran los dos años en el oficio ya estaba trabajando en Sailors and Marmalade, uno de los estudios de tatuaje más reconocidos de la ciudad.

Su formación en las artes gráficas inició en su niñez, profundizando en las técnicas de óleo, carboncillo y grabado. Luis es un tatuador que se caracteriza por una línea fina, un trazado delicado y una aplicación del color muy precisa. En su trabajo sobresalen la estrecha relación y la evidente influencia de la técnica del grabado y la ilustración botánica. Si bien en sus dibujos se destacan plantas y animales, el catálogo incluye también ilustraciones provenientes de la imaginación de sus clientes, quienes se acercan a él gracias a su estilo característico.

Para Luis la piel es un formato y una superficie de trabajo, es un soporte vivo que tiene una cualidad de impermanencia y transformación. Teniendo en cuenta estas características es que Luis ejecuta sus trabajos, ya que una de sus principales intenciones a la hora de grabar la piel es que el dibujo perdure lo más nítido posible en el tiempo; la duración es la base en la que Luis se fundamentó

para desarrollar su técnica y estilo personal. Si las agujas penetran muy profundo la piel la reventan y la tinta se riega, si no penetran lo suficiente la tinta se borra y se degrada luego del proceso de curado. Las agujas deben entrar con precisión y constancia en ese punto medio entre la epidermis y la hipodermis llamada dermis en el que la tinta se puede alojar de manera fuerte y duradera. Conocer ese punto exacto en donde la tinta debe alojarse ha sido una tarea de estudiar todos los rincones de la piel ya que esta no es igual en todo el cuerpo, es decir: no es lo mismo un tatuaje en el cuello que en el antebrazo o el pecho, para cada zona de la piel hay que saber qué agujas, qué presión y qué velocidad se deben emplear para dejar un trabajo impecable y duradero.

Maluma y Karol G son tan solo algunos de los artistas que han sido intervenidos por las agujas de Luis Miguel. A sus 32 años, Luis ha trabajado en diferentes estudios de Colombia, Argentina, Perú y Estados Unidos, ha sido aprendiz de tatuadores de la talla de Felix Barrientos y Lucas Botero. En la actualidad, Luis ofrece citas en el estudio Angrymom que está ubicado en el barrio de San Lucas desde donde continúa perfeccionando su estilo.

Para conocer más sobre el trabajo de Luis se puede visitar su perfil de Instagram que actualiza constantemente con los últimos y más destacados trabajos: [https://www.instagram.com/luismiguel\\_taz/](https://www.instagram.com/luismiguel_taz/)





**LA BRUJA**

¿Quieres saber qué es La Bruja Riso?

**Urbania.**  
Café consciente.

**Calle 14 Viva Envigado Calle 8**

Calle 14 #30-100 El Poblado. Cra. 48 ##32B Sur-139, Envigado, Antioquia. Calle 8 #43B-132 El Poblado.

exlibris.com.co

Libros, café y comida :  
3003628240 (y en rappi)

**Seguimos leyendo**



**PALINURO**  
Libros Leídos

Calle 49 B No. 75-33 / 2609160  
Palinuro libreriapalinuro  
Medellín - Colombia.



GASTRO BAR **ESLABON** Vegano  
EST. 2012 restaurante - música salsa

**LUNES A DOMINGO**  
CALLE 29 No 82 A 7

305 303 2922



Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

**DOMICILIOS EN MEDELLÍN**

Tel.: **2302522**

Restaurante **El ÁRBOL DE LA VIDA** Comida Natural



**PIZZERIA**  
CENTRO

Lunes a sábado de 12 m a 10 pm  
Domingo de 12 m a 9 pm  
Calle 57 (Argentina) # 41-57  
Domicilios en el centro a través de Domicilios.com



**itaea**

Gastronomía personalizada  
Embutido artesanal

**HACEMOS DOMICILIOS** en Medellín  
TODOS LOS DÍAS  
De 12 m a 4 pm  
CEL. 3207908977



**Patricia Fuenmayor**

Asesora en seguros  
Tel. 3216402928 - 375 7300  
patfuenmayor@hotmail.com




**VICTOR AGUDELO E.**  
Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676  
vagudelo@hotmail.com



**Canaguar** 

Revista de cine colombiano

Una publicación de **cinéfagos.net**

 canaguar.cinefagos.net



comfama

# Tiempo para APRENDER A CONCILIAR

Amor - Compasión - Justicia